

Chronique du 5 juillet 2008

par le Docteur Joaquin Ferrer Arellano

**LA PATERNIDAD DE SAN JOSÉ
EN LA PASTORAL FAMILIAR DE LA SOCIEDAD POSTMODERNA**

Discurso de ingreso en la Real Academia de Doctores de España.

Exmo. Señor Presidente de la Real Academia de Doctores de España.

Exmos. Señores académicos.

Queridos amigos.

Señoras y Señores.

Quiero en primer lugar agradecer a los miembros de esta Real Academia de Doctores -en especial al Padre Enrique Llamas, a Don Domingo Muñoz León y a Doña Blanca Castilla de Cortázar-, que hayan tenido la gentileza de llamarme a formar parte de esta prestigiosa Corporación, que tanto contribuye al cultivo, progreso y difusión del saber en España; y precisamente en la sección de Teología, aquel saber -que me es tan querido-, que, partiendo de la luz divina de la Revelación, puede contribuir a ordenar eficazmente el cuadro de los saberes, sirviendo de guía orientadora para todas las ciencias. Así lo entendió la luminosa tradición de la “Universitas Studiorum” desde sus orígenes medievales, abandonada por desgracia -salvo en contadas excepciones- en los países latinos. Esta Real Academia, por fortuna, siempre lo ha entendido así. Desde sus orígenes nunca ha cedido a prejuicios antimetafísicos que reducen el ámbito del “logos” a las ciencias positivas.

Este reduccionismo epistemológico, que parecía superado, al menos en las mentes más lúcidas -también de agnósticos no creyentes-, de referencia obligada a la cultura actual (la auténtica cultura, no de la que tantos medios presentan como tal), parece retornar en algunos ambientes universitarios que no han superado el sarampión relativista de la revolución nihilista de Mayo del 68 -cuyo 40 aniversario se celebra estos días-, como se pudo comprobar no hace mucho en el ridículo veto a Benedicto XVI a hablar en la Universidad de la “Sapienzia” de fundación papal, que fue el hazmereir de toda Europa.

Agradezco también la oportunidad que me brindáis de colaborar con la sección de Teología en las tareas de esta Real Academia, ya en el último tramo de mi vida, después de más de 50 años de ininterrumpida docencia e investigación, que comencé en Roma, en 1957 y desde 1960 en la Universidad de Navarra, donde, después de mi labor docente en Filosofía del Derecho y en Periodismo, contribuí a la puesta en marcha de la sección de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras y, poco después, de la de Teología, que visito con frecuencia, desde mi traslado a Madrid, participando en sus actividades.

Me alegro de advertir la presencia entre nosotros, que agradezco, de dos queridos amigos, que tanto y tan bien han trabajado en esa Universidad: el Prof. Pedro Rodríguez, que asistió, en aquel ya lejano Agosto de 1957, al curso de Cristología que expliqué, por primera vez, en Terracina, oyendo el cercano rumor del mar Tirreno; y del Prof. Antonio Aranda, uno de nuestros mejores alumnos de la primera promoción de la Facultad de Teología, que comenzó su andadura diez años más tarde -en 1967- junto al claustro de la Catedral de Pamplona; como evocando los orígenes de la Institución universitaria. Pero abandonemos las evocaciones nostálgicas del pasado y comencemos ya nuestra exposición.

INTRODUCCIÓN

He elegido un tema que tiene por protagonista a *San José*, que no pocos teólogos consideran, sin ningún fundamento, marginal en el conjunto de la reflexión teológica y en la pastoral de Iglesia. Había propuesto también, como alternativa, un tema de gran calado teológico¹: *La Resurrección de Cristo como centro del misterio del tiempo y recapitulación de la historia salvífica hasta la Parusía*. Fue una gran alegría para mí que Don Domingo Muñoz León, gran escriturista y teólogo, presidente de la sección de Teología de esta Real Academia -que conocía y valoraba mi reciente estudio teológico sobre el Santo Patriarca-, me invitara a hablar de la Teología de San José; también para salir al paso de su injusta depreciación en no pocos ambientes de la Teología y la pastoral actuales. Permítaseme traer a colación una anécdota muy expresiva.

Sabido es que el Concilio Vaticano II había sido puesto bajo la protección de San José por el Pontífice que lo convocó, el 19-III de 1962, el Beato Juan XXIII, que, como es notorio, era gran devoto del Santo Patriarca. El 12 de noviembre de ese mismo año, es decir, en su fase inicial, un obispo de la entonces Yugoslavia se levantó sin avisar y sin que fuera su turno de intervención (después dijo <<haber sido empujado por el Espíritu>>) y reprendió fraternal pero apasionadamente a sus hermanos, afirmando que en sus enseñanzas no le daban a José el espacio que se merece. ¡El Concilio debía proveer!

Esta salida extemporánea provocó en muchos Padres una reacción entre el asombro y la hilaridad. En efecto, inmediatamente se levantó otro obispo, declarando -un poco irónico- que, para semejantes propósitos no era seguramente necesario convocar nada menos que ¡un Concilio ecuménico! En todo caso, las palabras del prelado eslavo, no tuvieron, en aquél momento, mayores consecuencias: se dejaron caer y la asamblea pasó inmediatamente a discutir cuestiones juzgadas más <<importantes>>.

Sin embargo, al día siguiente hubo un a sorpresa. Durante la noche, el Papa Juan había orado y reflexionado; así, había llegado a la conclusión de que lo afirmado en el Concilio por aquella intervención extemporánea, aunque acogida con mucho escepticismo, le ofrecía una ocasión providencial para realizar un proyecto que alimentaba desde hacía largos años. El 13 de noviembre de 1962, antes del inicio matutino del trabajo, el cardenal Cicognani -hablando en nombre del Pontífice- anunciaba a la asombrada asamblea que, a partir del 8 de diciembre siguiente, el nombre de san José entraría en el Canon de la Misa.

No se trataba de una decisión de poca importancia: desde hacía siglos, desde tiempos de S. Pío V, nadie se había atrevido a añadir nada al <<corazón>> del sacrificio eucarístico constituido, precisamente, por el Canon. En efecto, causó sorpresa e incluso algún refunfuño, aunque en voz baja, sobre todo por parte de los sectores que confundían el culto a San José con una de esas <<devociones populares>> que pretendían “redimensionar”. Sin embargo, Juan XXIII hizo saber que su decisión era irreversible y que, en cuanto Sumo Pontífice, tenía pleno derecho de tomarla, sin necesidad de la aprobación de nadie. El Papa Roncalli, además -así lo ha dado a conocer Vittorio Messori en su obra *Hipótesis sobre María*, cuya lectura recomiendo vivamente-, estaba ciertamente al corriente de que, sobre todo en el siglo XIX, hombres y mujeres de Iglesia habían llegado incluso a ofrecerle a Dios sus vidas, precisamente, para obtener la introducción del nombre de José en la Misa.

No es “el capítulo” de San José, en efecto, como erradamente piensan todavía no pocos teólogos y pastores de almas, un apéndice devocional de la Mariología, de gran arraigo en la piedad del pueblo, pero sin relevancia decisiva -inesencial, diríamos-, en la historia de la

¹ Puede verse en: www.joaquinferrer.es

salvación; aunque no sin algún relieve, que todos los católicos admiten -aquellos mismos irónicos Padres conciliares, sin duda, también-, por su ayuda valiosa en el nacimiento e infancia del Verbo encarnado en el Seno de María Virgen para su inserción ordenada en la sociedad de los hombres; o por su gran valor de ejemplaridad o de poderosa intercesión a favor nuestro. Simplemente, aquellos pastores y estos teólogos no han descubierto todavía la función de primer orden que le ha asignado la Providencia divina en la realización histórica del plan salvífico de Dios; tan oculta y silenciosa como real y efectiva. Mostrarlo, en sus fundamentos teológicos y en la vida profunda de la Iglesia, no perceptible quizá a una mirada superficial, es uno de los objetivos de mi exposición.

El Santo Patriarca, como evoca el título que quise poner en mi libro recientemente publicado, “San José, nuestro Padre y Señor” -según la sugerente expresión teresiana, de certera intuición teológica-, es, en efecto, nada menos -en apretada síntesis- que cabeza de la familia de Nazaret, piedra angular de ambos Testamentos y vértice de la historia de la salvación; la sombra o “icono” transparente de Dios Padre, que quiso hacer partícipe a José -hijo de David- de su Paternidad de manera singular y única, constituyéndole Padre virginal y mesiánico de su Unigénito encarnado en el Seno de su Esposa, por obra del Espíritu Santo; sometido a su autoridad en el hogar de Nazaret, para educarle, preparándole, con María su esposa, para su misión redentora, que culmina en el holocausto del Calvario; y -como consecuencia- Padre y Señor de la Familia de Dios que es la Iglesia, nacida del costado abierto de Cristo en el triunfo sobre la muerte del misterio Pascual; tanto en su fase peregrina como en su consumación escatológica en la Jerusalén celestial, cuya semilla fue la Casa de José, el hogar familiar de Nazaret, que contenía los principios de la Iglesia naciente.²

Aquél que fue constituido por Dios padre virginal y mesiánico de su Hijo Unigénito con la excelsa misión de modelar en el hogar de Nazaret la Humanidad del Redentor -siempre inseparable y complementaria de la función materna de María-, para que el Unigénito del Padre llegara a la plena madurez de Hijo del hombre “Redentor del hombre”, está llamado también a cuidar de su prolongación en los hijos de la Iglesia, el cuerpo místico de su Hijo virginal, como su Padre y Señor.

Parece evidente que la Providencia divina quiere poner en primer plano en la tarea pastoral de la Iglesia, cuya fuerza salvífica brota de la Eucaristía -de la que ella vive- al humilde artesano de Nazaret, al que la Iglesia invoca en la letanías a él dedicadas como “terror de los demonios” -siempre indisolublemente unido a la Inmaculada, la gran antagonista de la antigua serpiente que, como está decretado (Gn 3, 15 y Apoc 12), le aplastará la cabeza- en esta hora grave y resolutive de la historia de la salvación.

² Así lo hemos mostrado en un libro sobre la Teología de San José de reciente aparición (*San José, nuestro Padre y Señor. Teología y espiritualidad Josefinas*, Madrid. Arca de la Alianza, 2007) inspirada en la enseñanza de San Josemaría E., al que traté filialmente los veinticinco últimos años de su vida.

En el IX Simposio internacional sobre San José celebrado en Kevelaer (Alemania) en septiembre del 2005 expuse la inspiración de fondo de la teología sapiencial de San Josemaría, que propongo como principio estructurante de su desarrollo teológico-sistemático: la indisoluble unión de Jesús, María y José en la realización histórica del plan salvífico de Dios, en todas sus dimensiones y momentos, hasta la Parusía de Señor:

«La Familia de Nazaret es la piedra angular de ambos Testamentos; imagen perfecta -como *trinidad de la tierra*- de la Trinidad del Cielo y camino de retorno salvífico a Ella, a lo largo de la historia de la Salvación, que tiene su vértice en la Encarnación redentora en el seno de María y en la Casa y familia de José. Los Tres están presentes en toda la obra de la Redención -tanto objetiva o adquisitiva, iniciada en la vida oculta de Nazaret y consumada en el Sacrificio del Calvario, como subjetiva o aplicativa en el tiempo histórico de la Iglesia peregrina- hasta la Parusía del Señor, cuando “Dios sea todo en todos (1 Cor 15,19, a través de la mediación de la Eucaristía “que hace la Iglesia”, edificándola sobre y bajo Pedro”. (...) De la misteriosa presencia salvífica de los Tres Corazones unidos de Jesús, María y José, en el misterio eucarístico, brota el agua viva del Espíritu Santo que vivifica la Iglesia como sacramento y arca universal de salvación, en la progresiva edificación del Reino de Dios que “todo lo atrae hacia Sf” (Jn 12, 31), desde el trono triunfal de la Cruz gloriosa, sacramentalmente presente en la Eucaristía -de la que “vive la Iglesia” (Juan Pablo II, “Ecclesia de Eucharistia”)- hasta su consumación escatológica cuando Él vuelva a entregar su Reino al Padre». Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Singular participación de San José en la obra de la redención*, Actas. Vol. I, 75-122.

La exhortación apostólica postsinodal “la Iglesia en Europa” de Juan Pablo II hace una certera diagnosis de la actual cultura dominante en la sociedades occidentales -que algunos autores denominan “postsecular” y “postmoderna”- que está caracterizada por “la pérdida de la memoria y de la herencia cristianas, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa” (n. 7).

“El olvido de Dios condujo al abandono del hombre, por lo que, no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo en la filosofía; del relativismo en gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta el hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria. *La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autpsuficiente que vive como si Dios no existiera*” (n. 9).³

Juan Pablo II quiso salir al paso en la encíclica “Fides et ratio”, del relativismo antimetafísico del actual horizonte filosófico, que subyace a la cultura dominante, en relación, con frecuencia, con un cientificismo excluyente. Con diferencia respecto al pasado, el riesgo que existe ahora como consecuencia de la crisis del racionalismo de la modernidad postcartesiana, que tuvo su origen en el giro inmanentista de una razón progresivamente desvinculada de la Revelación, no es un exceso de confianza en la razón que quiere dejar de lado la Revelación, sino una excesiva desconfianza en sus posibilidades especialmente agudizada en el escepticismo nihilista del pensamiento débil de la llamada postmodernidad.

Umberto Eco hace decir a Guillermo de Baskerville, el monje protagonista de “El Nombre de la Rosa” -con el que parece identificarse el A.-, aconsejando al novicio que le acompaña:

Huye, Adso, de los profetas y de los que están dispuestos a morir por la verdad (...) Quizá la tarea del que ama a los hombres consista en lograr que estos se rían de verdad (...) la única verdad consiste en aprender a liberarnos de la insana pasión por la verdad”.

Así se justifica el escepticismo y el “todo vale” de las sociedades capitalistas. Es interesante señalar que, en este ambiente cultural postmoderno, teñido de relativismo, la Iglesia católica es hoy la única institución que reivindica la inexcusable función sapiencial de una filosofía del ser con pretensiones de ultimidad y universal validez. “Una filosofía carente de la cuestión sobre el sentido -añade el Pontífice- incurriría en el grave peligro de degradar la razón a funciones meramente instrumentales, sin ninguna auténtica pasión por la búsqueda de la verdad “ (n. 81). Somos servidores de la verdad, que *se impone* al pensamiento. Yo *no pongo* “mi verdad”. Como decía A. Machado. “Vamos juntos a buscarla, la tuya, guárdatela”.⁴ La verdad del hombre y de la

³ “Muchos ya no logran integrar el mensaje evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en que el proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada” (n. 7).

⁴ Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae con el grave peligro de ser reducida a mito o superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser”. (n. 47).

La encíclica *Fides et ratio* subraya la armonía entre la razón y la fe en su común interés por las cuestiones últimas cuya respuesta definitiva sólo puede dar la fe. Por eso Juan Pablo II invita a todos los filósofos a buscar la verdad abriéndose también a la fe, y llama a los pensadores cristianos, en particular, a renovar la filosofía aportando su visión de creyentes. Un trabajo filosófico de esa naturaleza -y *síntoma auroral de una nueva época* que se adivina profunda y genuinamente religiosa, superada la decadente religiosidad “light” del “pensiero devole” postmoderno, tipo “New Age”-, *es la apertura creciente al misterio de Dios que se observa en el ámbito de la filosofía analítica* -originariamente antimetafísica- *agnóstica, tan influyente en la cultura contemporánea, que ha dado origen al notable desarrollo de la actual filosofía analítica de la religión, muy floreciente en el mundo cultural de habla inglesa*, especialmente interesada en fundar en el análisis del lenguaje una epistemología de la fe, de gran honestidad intelectual, pese a una evidente insuficiencia metafísica. F. CONESA, gran conocedor del tema, ofrece un completo, competente y documentado *boletín bibliográfico “Filosofía analítica y epistemología de la fe*, en “Scripta Theologica” XXVII (1995), 219-269. Sobre este tema véase mi estudio: *Apertura creciente a Dios a Dios y a la fe en la filosofía analítica anglosajona*. En VV. AA., V Simposio Internacional “Fe cristiana y cultura contemporánea”, Pamplona, 2005, 73-90.

familia, fundada en la Sabiduría criadora de Dios, fuente de toda verdad, bondad y belleza. Buscarla, requiere en ocasiones no poco coraje: el esfuerzo, personal y solidario, de no dejarse arrastrar por los ídolos de la tribu, que ejercen su tiranía con inusitada violencia psicológica en la sociedad mediática postmoderna, que Benedicto XVI calificaba de “dictadura del relativismo”, en la conocida homilía del comienzo del Cónclave que lo eligió al ministerio petrino.

Especialmente, en la presente disolución de la familia favorecida por la decadente cultura relativista del *pensiero devole* de la postmodernidad, en la que tanto influye la ausencia del padre (se ha hablado del “eclipse del padre” y de dimisión de las responsabilidades paternas, como una de las características de nuestro tiempo), estoy convencido de que Dios quiere poner en primer plano la paternidad de San José –icono transparente de Dios Padre– para que los hombres y mujeres de hoy adquieran conciencia de la dignidad a que están llamados a ser y vivir como hijos de Dios Padre; ayudándoles a ejercer su responsabilidad paterna, y materna, como partícipes de su Providencia salvífica en el seno de las familias, de modo que reflejen cada día más el modelo del hogar, luminoso y alegre, de la Casa de José, nuestro Padre y Señor.

Dios quiere manifestar en estos difíciles tiempos, de modo creciente -tal es mi convicción-, el misterio escondido de San José, poniendo de relieve el papel de primer orden que le ha asignado la Providencia para quebrantar la cabeza de la antigua serpiente, que persigue a la Iglesia armado de gran furor, porque sabe que le queda poco tiempo (cfr. Ap. 12,12-13).

1. EL MISTERIO ESCONDIDO DE SAN JOSÉ.

“Estar escondido y surgir sólo despacio, con el tiempo, parece formar parte del extraordinario papel que se ha atribuido a José en la historia de la salvación”. El Nuevo Testamento no le atribuye siquiera una sola palabra; más aún, dos Evangelios de cuatro ni siquiera hablan de él (y sólo los Apócrifos intentarán remediar esto, ejerciendo su fantasía, con frecuencia sospechosa). Además, durante siglos, oscuridad y silencio caerán sobre él en la historia de la Teología y de la espiritualidad. Si el mundo protestante habla poco y no a gusto de María, imaginemos de José a quien, normalmente, después del Nacimiento de Jesús, le atribuyen la función de esposo normal, con la llegada consecuente de bastantes hijos.⁵

«En aquella casa él era el cabeza de familia delante de Dios y de los hombres, el varón justo delante de la ley, el artesano de Nazareth. Pero de puertas adentro se vivía en otro ámbito: el de la unión hipostática del Hombre–Dios. Jesús no era puro Hombre, María era más que simple madre del Niño, José no era un padre como los demás. Aquella Familia era el “Sacramentum absconditum a saeculis in Deo” (Ef. 3,9), el “Mysterium quod absconditum fuit a saeculis et generationibus” (Col. 1, 26); y el depositario de este *Mysterium* y de los demás misterios que el mundo y los mismos Rabinos y Doctores de la ley desconocían, era José. Y como depositario de los más altos y divinos misterios, el mismo llevaba una existencia -abscondita-, oculta, misteriosa como todo lo que rodea la mansión santa de Nazareth. Nada se sabe de su nacimiento y de su muerte. Si San Juan Bautista, precursor del Mesías, tiene la historia del que era la “Voz que clama en el desierto”, *San José tiene la voz del silencio; silencio que parece era necesario para la venida del Salvador*. La Iglesia lo dice en la Liturgia navideña: “Mientras un profundo silencio envolvía todas las cosas y la noche en su carrera llegaba a la mitad de su camino, tu omnipotente Palabra, Señora, descendió del Cielo a la tierra de su real trono. (Sap. 18, 14–15)».⁶

⁵ V. MESSORI, *Hipótesis sobre María*, Madrid, Libros libres, 2007.

⁶ “Cum quietum silentium contineret omnia et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus de caelo a regalibus sedibus... in mediam... terram prosilivit”. F. SOLA, cit por F. CANALS VIDAL, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios.*, 274.

A. Doze⁷ hace esta sugerente reflexión, comentando un texto de San Juan de la Cruz: “*Una sola Palabra habló Dios Padre, que fue su Hijo, y esto habla siempre en eterno silencio y en silencio ha de ser oído del alma*” (Puntos de amor, 21): *San José, el hombre del silencio, imagen de Dios Padre, dice también en su vida una sola palabra: Jesús, que contiene todos “los tesoros de sabiduría y ciencia” (Rm. 11,33. De una Sabiduría “oculta a los príncipes de este mundo” (1 Co 2, 7-8), que habitó en su Casa, escondida durante treinta años, la mayor parte de su vida. “Cuando se fue de la casa de José, a ser bautizado, lo hizo con la finalidad de que, por nuestro Bautismo -cuya institución tuvo lugar en los comienzos de su vida pública-, pudiésemos entrar en ella”*: la casa de José, imagen de la Trinidad del Cielo y camino para llegar a él, que tiene su anticipo en la tierra: en la Casa de José. Ella es el único “mundo” en el que es posible tener acceso a la sabiduría que se revela a los pequeños; “a aquella infancia espiritual necesaria para entrar en el Reino de Dios (Mt 18, 3)”. Es ahí, en ese “mundo” (la Casa de José) del Unigénito del Padre e Hijo de María, donde aprendemos a vivir confiadamente como hijos de Dios Padre.

En su interesante estudio, A. Doze hace notar que fue María la que reveló las maravillas ocultas en la casa de José a dos mujeres: la gran Teresa de Jesús –en el proceso de la fundación del monasterio de su Ávila, en los orígenes fundacionales de la reforma del Carmelo–⁸ y a la hermanita Bernardette, cuando atribulada por su marcha a Nevers, lejos de la gruta de Lourdes que tanto añoraba, se sintió misteriosamente atraída por a ermita de San José del jardín de la nueva residencia conventual, donde se refugiaba con frecuencia y a donde conducía a sus enfermos. Ahí “se sentía más feliz que una reina en su trono”, como un anticipo del Cielo.⁹

⁷ *Le mystère du Saint Joseph*, cit 383-402.

⁸ Sta Teresa es, sin duda, una de las primeras mujeres de la historia que entró, gracias a la Virgen, en el misterio de San José, el cual la salvó de la muerte, como lo hizo con el Niño Jesús. (Ella le atribuyó su curación en la grave enfermedad que pasó en casa de su padre, a poco de entrar en el Carmelo). Fue el Señor –según cuenta en el libro de su vida el que le pidió en la Comunión, que trabajara con todas sus fuerzas en la fundación de un monasterio dedicado a San José. Él –le dijo– protegería una de sus puertas, nuestra Señora la otra, “Jesús estaría en medio, en nuestra Casa”. Este monasterio sería una estrella que brillaría con gran esplendor: un pequeño Nazaret en el que no entraría el espíritu del mal.

Después de confesar en la Iglesia de Sto Domingo en la que tantas veces lo había hecho –muy afligido por las miserias pasadas que había confesado ahí– percibió la presencia de la Virgen a su derecha y a su padre San José a la izquierda, que la cubrían con una vestidura que significaba que estaba ya purificada de sus pecados. Ella le aseguró de la protección de San José comunicándole cuanto le agradaba su devoción al glorioso San José.

⁹ V. Messori relata que cuando fue a documentarse sobre la historia de Lourdes en la preparación de su libro “Hipótesis sobre María”, conoció al responsable de la biblioteca de la “Casa de los Capellanes”, padre André Doze, bien conocido en ese ambiente “no sólo por el fervor de su compromiso, sino también por un especial carisma revelado con él con los años; la vocación de dedicarse a divulgar por todos los medios la devoción a San José, basada no tanto en el sentimiento (aunque apreciable), cuanto en el reconocimiento de la importancia de su papel en la dinámica de la fe”.

“Santa Bernardette tras la desaparición de Francois Soubirous, el padre difamado y perseguido, que ella amaba mucho, en la clausura de Nevers tomó a José como padre suyo también en la Tierra. Aquella que, al entrar en el monasterio del Loira, había dicho “He venido aquí para esconderme”, y que intentó limitar al máximo las palabras, hablando casi sólo cuando la interrogaban, se sentía espontáneamente en plena sintonía con este santo de la penumbra y el silencio”. “Ha habido incluso quien ha sospechado que uno de los tres secretos que le confió la Virgen tuviera algo que ver con el Misterio de la Sagrada Familia, si no con el mismo San José. Avalan semejante hipótesis algunos episodios, pequeños pero significativos. Citamos uno: en casos especiales, las superiores del convento le pedían a Bernardette (que aceptaba con la acostumbrada humilde obediencia) que hiciera una novena especial a la Virgen. Una vez, una de esas madres austeras la vio rezar a la Virgen, pero arrodillada ante una imagen de San José. <<Sor Marie-Bernard, ¡estáis distraída!; No es esta la estatua!...>> le dijo la superiora cuando la santa se puso de pie. Y Bernardette, con una sonrisa enigmática, respondió: <<Pero Madre, la Santa Virgen y su Esposo están perfectamente de acuerdo... Como resulta por otros episodios, para ella la sintonía familiar en el Cielo era tal que la oración a la Esposa era, de alguna forma, intercambiable con la del Esposo>>.

<<No por casualidad eran dos los lugares donde se refugiaba a orar en soledad en cuanto le era posible: ante la estatua de la Virgen, que le recordaba la belleza de la Señora, en el rincón más apartado del jardín, o -en medio del mismo jardín- en la capilla de San José, donde estuvo sepultada durante treinta años, desde 1879 hasta 1909, cuando se procedió al primer reconocimiento del cadáver. El padre Doze (atento a los *signos*) no ha dejado escapar la coincidencia cronológica: ¡Treinta años en la oscuridad de la capilla!. La duración de la vida oculta de Jesús a la sombra de José>>.

Ahí encontró Bernardette la escuela que enseña la oración sencilla de los hijos de Dios que conduce principalmente a la perfecta unión de acción y contemplación que tan admirablemente describe Teresa de Jesús en la séptimas moradas del castillo interior, en las que desaparecen todos los fenómenos externos extáticos. A ese ideal de vida cristiana conduce, San José, maestro de oración y de confiado abandono al amor providente y paternal de Dios.

Es en ese “mundo” de la casa de José donde el Santo Patriarca sigue protegiendo –a los que pertenecen a ella de modo consciente y voluntario, por gracia especial de Dios– de los ataques y engaños del enemigo.

San Josemaría E. repetía a sus hijos: “a esa familia pertenecemos”. Con su ejemplo y su palabra enseñó el modo de encontrar ese “mundo de José” sin salir de las tareas ordinarias de “este mundo”, en perfecta unidad de vida, haciendo de la ofrenda de su propia vida –unida a la de la “trinidad de la tierra” (Jesús, María y José) en el Sacrificio eucarístico, con alma sacerdotal–, un servicio de glorificación de Dios y corredención, poniendo la Cruz de Cristo en las entrañas del mundo, para salvarlo.

1.1 Sentido de la fe y Josefología sistemática.

La Teología sistemática de San José ha sido habitualmente precedida, como ocurrió con la Mariología, por el sentido de la fe del pueblo de Dios; especialmente en la vivencia sapiencial de las almas santas más dóciles al Espíritu Santo (“sapientiam praestat parvulis” Sal. 109), que va conduciendo la Iglesia a la verdad completa; también sobre el oculto misterio de San José.

El P. Enrique Llamas ha observado que “el matrimonio de José y María –principio fundamental de la Josefología- no ha despertado grande interés entre los teólogos, ni en la época antigua, ni en la moderna, quizá porque ha sido considerado como un tema ‘tabú’, por temor a empañar la limpia virginidad de la Madre del Hijo de Dios, o por miedo a suscitar cuestiones, que dificultasen la comprensión o la fe en la maternidad divino virginal.”¹⁰

Los mariólogos y teólogos de hoy, en general –afirma con mucha razón el P. E. Llamas- no han incorporado la figura de San José al esquema de la soteriología, y menos aún a la mariología. Solo contados AA. que están en sintonía con las afirmaciones capitales de la exhortación apostólica “Redemptoris Custos” de Juan Pablo II, y han aportado reflexiones teológicas sobre el matrimonio de los Esposos de Nazaret, proponiendo los principios y las pautas para desarrollar en forma coherente la teología de San José, que han contribuido al origen e incipiente desarrollo de este extraordinario texto magisterial,¹¹ verdadera carta magna de la Josefología. He aquí algunas de sus tesis fundamentales que deben vertebrar la Teología de S. José.

¹⁰ Desde la época patristica y desde San Jerónimo han existido estas cautelas”. “San Agustín resolvió el problema con unas frases de antología, afirmando la realidad del matrimonio en sí, por el consentimiento de los esposos, por su fidelidad y por el fruto virginal, el Hijo nacido no del matrimonio, pero sí dentro de él”. José es el padre virginal de Jesús: “tanto más padre, cuanto más casta fue su paternidad” en virtud de la fe y de la caridad. Cfr. E. LLAMAS, *El matrimonio de José y María y su predestinación*, Actas del simp. int. de San José, Kevelaer 2006, t. I. Reproducido como anexo en mi libro, *San José, nuestro Padre y Señor. La Trinidad de la tierra. Teología y espiritualidad josefina*, ed Arca de la Alianza, cit, 295-321; <http://www.joaquinferer.es>. La teología de San José implícita en los textos de San Agustín, anticipa genialmente los desarrollos posteriores.

¹¹ Las Actas del IX Simposio internacional sobre San José celebrado en Kevelaer (Alemania) en 2005, recogen dos volúmenes de valiosas aportaciones para el avance de la teología josefina, editados por el Dr. Germán ROVIRA, autor de numerosos escritos sobre San José, y que fue el principal organizador del simposio. El próximo será en Kalisz, Polonia en el 2009.

“El hecho de ser Ella la ‘esposa prometida’ de José, ‘está contenido en el designio mismo de Dios’. Así lo indican los dos evangelistas citados...” (RC 15). “Si para la Iglesia es importante confesar ‘la concepción virginal de Jesús’, no lo es menos defender ‘el matrimonio de María con José’, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de San José”. (RC, 18).

“Analizando la naturaleza del matrimonio, tanto San Agustín como Santo Tomás la ponen siempre en la ‘indivisible unión espiritual’, en la ‘unión de los corazones’, en el ‘consentimiento’, elementos que en aquel matrimonio se han manifestado de modo ejemplar. En el momento culminante de la historia de la salvación, cuando Dios revela su amor a la humanidad mediante el don del Verbo, es precisamente el matrimonio de María y José el que realiza en plena ‘libertad’ el ‘don esponsal de sí’ al acoger y expresar el amor”. (R 7).

1.2 *Creciente devoción a San José desde la Baja edad Media. Sensus fidelium y Magisterio.*

Como decíamos, tanto en Mariología como en Josefología -que le es inseparable, y de desarrollo más tardío-, el sentido de la fe del pueblo de Dios ha ido por delante del Magisterio y de la Teología (más que en otros sectores del saber teológico).

Fue al declinar de la Edad Media, cuando, viéndose la Iglesia en serios peligros de cismas y herejías promovidas por la antigua serpiente (Gn 3, 15), surge impetuosa la devoción a San José, que sale de su anonimato¹² –como “terror de los demonios”– en un “crescendo” incontenible. Fue entonces cuando comenzó a difundirse *la conocida analogía de origen patrístico entre la Trinidad y la Familia de Nazaret* desarrollada por Pierre d’Ailly y Gerson y popularizada por la teología polaca del S. XVII, en especial por B. Rosa (1676), que floreció en torno al célebre retablo milagroso del Santuario dedicado a San José en Kalisz, al que Juan XXIII ofreció su anillo papal para el dedo de San José, con ocasión de la apertura del Concilio Vaticano II; y Juan Pablo II coronó con triple corona, en una de sus visitas pastorales a su tierra natal, como significando la realeza de los Tres.¹³

Es conocida la gran influencia de Sta. Teresa de Jesús, su gran enamorada y propagadora de su devoción, coincidiendo significativamente con los primeros años de la tremenda convulsión producida por Lutero y la reforma protestante que dividió la cristiandad, al mismo tiempo en el que –en providencial coincidencia– se expandió en el nuevo Continente por la gran gesta evangelizadora; animada, como es sabido, por el amor y devoción que infundieron los misioneros

¹² Anonimato relativo, como ha demostrado C. M. Doublier-Villette en el reciente libro citado en la nota siguiente.

¹³ Estas son las inspiradas palabras de J. GERSON (1363–1429) (Sermón, “*De Nativitate B Mariae Virginis*”): «Una Trinidad virgen creó el mundo; una trinidad virgen tuvo por misión salvarlo. Jesús es la parte esencial de esta trinidad de salvación, puesto que es el único Redentor; María es como madre del Redentor y corredentora; José por haber convivido con Jesús y María. Los tres son vírgenes, como los tres están asociados en una vida común, sufrimientos comunes, y podemos aplicarles, aunque en otro sentido, lo que se ha dicho de la Trinidad del cielo: *Et hi tres unum sunt*, los tres son una sola cosa. José, con María, recibió, alimentó, cuidó y guardó a Cristo en cuanto Redentor del género humano, cooperando así a nuestra liberación. Preparó la víctima, contribuyendo con el sudor de su frente y el trabajo de sus manos a la formación y conservación de la carne y de la sangre que Cristo ofreció como precio infinito de nuestro rescate. Toda la Trinidad obró nuestra redención. El Padre enviando al Hijo, el Hijo humanándose, el Espíritu Santo formando a Jesús en el seno de la Virgen. También en este venerando y admirable matrimonio de María con José, toda la trinidad, a saber, Jesús, María y José, obró nuestra salvación». (*Opera omnia*, Amberes, 1706, vol. III, col. 1856).

Los orígenes de este analogía –metafórica, como es obvio– se remontan a San Agustín, que ya en el S. V hablaba de las “tríadas” celeste y terrestre. Cfr. C. M. DOUBLIER-VILLETTE, *Analyse d’un corpus iconographique médiéval sur Saint Joseph*, Actas del IX Simposio internacional sobre San José, Kevelaer, 26-IX-2005. vol. II, 814. Con motivo del 346° aniversario de la aparición de San José en Cotignac este A. ha publicado *La saga de Saint Ioseph*, Ed. FRDJ, 2006 (www.josephologie.info), que muestra una visión panorámica de dos milenios de obras de arte y de teología sobre el Santo Patriarca, de muy útil consulta.

a María y a José, tan popular como teológicamente fundada, que ha dejado su huella en la admirable iconografía que tanto impresionó a San Josemaría en sus viajes de catequesis por América.¹⁴ Sin olvidar el influjo de la predicación de otros santos posteriores como San Lorenzo de Brindisi, San Francisco de Sales, San Leonardo de Puerto Mauricio y San Alfonso María de Liguori, el fundador del Oratorio de St. Joseph de Montreal, Frère André, tantos beneméritos fundadores de Congragaciones Josefinas y –más recientemente- San Josemaría Escrivá, etc.¹⁵ a quien tuve la gracia de conocer y tratar, filial y asiduamente, durante los últimos veinticinco años de su vida, desde mi encuentro con él en el verano de 1950 en Roma, el Año Santo de la proclamación dogmática de la Asunción. Mi reciente Teología de San José está en buena parte inspirada en su profunda vivencia teologal y devoción al Santo Patriarca.

Había sido una constante en San Josemaría este cariño, esta devoción especial hacia San José, Maestro de vida interior, Patrono y Protector de la Iglesia universal y Patrono principal del Opus Dei, que había fundado “por inspiración divina” (Juan Pablo II, Bula “ut sit”). Este amor al Santo Patriarca se desarrolló con ímpetu creciente –según su sucesor Alvaro del Portillo– en los últimos años de su vida en la tierra, y con singular intensidad en la gran catequesis que hizo por América. Esa era la razón fundamental de la gran alegría que le produjo el anuncio de Juan XXIII en la asamblea conciliar de la inclusión en el Canon de la Misa el nombre de San José. Es conocido que en la lista de firmantes en la petición presentada con tal motivo al Santo Padre, figuraba la de San Josemaría Escrivá de Balaguer.¹⁶

“Entre los bienes que el Señor ha querido darme, está la devoción a la Trinidad Beatísima: la Trinidad del Cielo, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, único Dios; y la trinidad de la tierra: Jesús, María y José. Comprendo bien la unidad y el cariño de esta Sagrada Familia. *Eran tres corazones, pero un solo amor*”.

“No separéis a José de Jesús y de María, porque el Señor los unió de una forma maravillosa (...) Insisto: invocad en vuestro corazón, con un trato constante, a esa trinidad de la tierra, a Jesús, María y José, para que estemos cerca de los tres, y todas las cosas del mundo, y todos los engaños de Satanás los podamos vencer”.

«San José, que no te puedo separar de Jesús y de María; San José, por el que ha tenido siempre devoción, pero comprendo que debo amarte cada día más y proclamarlo a los cuatro vientos, porque éste es el modo de manifestar el amor entre los hombres, diciendo: ¡te quiero!, San José, Padre y Señor nuestro: ¡en cuantos sitios te habrán repetido ya a estas horas invocándote, esta misma frase, estas mismas palabras! San José, nuestro Padre y Señor, intercede por nosotros».¹⁷

Recuerdo que en sus últimos años se complacía en intentar descubrir la presencia del Santo Patriarca –“nuestro Padre y Señor”, repetía una y otra vez según la feliz expresión teresiana–, en

¹⁴ Véase, como ejemplo, el estudio histórico de P. C. CARRILLO OJEDA (superior general de los misioneros de San José del Padre Vilaseca), *Presencia de San José en México*, ed. Por el “Centro de Documentación y Estudio sobre San José”, México 2005.

¹⁵ Estudié su doctrina josefina y su gran influjo en miles de almas en todo el mundo, en mi libro cit., que debe buena parte a su inspiración a su teología sapiencial y “vivida”, que fue creciendo en profundidad hasta el final de su vida. Ahí hago una referencia de las numerosas fundaciones de religiosos dedicados a San Jose. Son muy ilustrativos los escritos de otras almas santas, como la Madre abadesa benedictina, Cecilia María Baij, en especial su vida de San José (editados y propagados por el Beato Ildefonso Cardenal Schuster), y “La mística ciudad de Dios” de la venerable María Jesús de Agreda, cuya inspirada vivencia josefina fue estudiada en las ponencias de Félix Ochaita y Luis de Eribe en el Simposio internacional de Kevelaer (Alemania) sobre San José en septiembre de 2005, en el que participé. Se presentó también en la sección de lengua alemana, otra dedicada a María Valtorta. (Cfr. *Actas* en dos volúmenes) Ya está plenamente reconocido por los mejores teólogos el valor –con las debidas cautelas– de los escritos inspirados de almas santas, como confirmación y explicitación de las virtualidades insondables de la Revelación pública y oficial recogida en la Escritura leída en la Iglesia.

¹⁶ Cfr. ISIDORO DE S. JOSÉ Y JOSÉ DE JESÚS MARÍA, *San José en el Sacrificio de la Misa* (Historia de una magna campaña josefina), Centro Español de Investigaciones Josefinas, Padres Carmelitas Descalzos, Valladolid, 1963.

¹⁷ Cit. Por L. M. HERRÁN, *La devoción a san José en la vida y enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid, Palabra, 1981, 52. (Esta monografía recoge otros textos de San Josemaría todavía inéditos. Aquí serán citados por las iniciales de su Autor –LMH– con la página correspondiente).

todas las fases de la dispensación del misterio salvífico, cuyo vértice es la Encarnación redentora del Verbo en su existencia histórica; tanto en la obra redentora de Cristo (*redención objetiva*) que culmina en el misterio pascual, como en su realización histórica por la mediación de la Eucaristía – de la que vive la Iglesia peregrinante–, en la cual descubría una misteriosa e inefable presencia, personal y salvífica junto a María (*redención subjetiva*).

* * *

Los últimos Papas, haciéndose eco del sentido de la fe del Pueblo de Dios, acuden a San José en los momentos más cruciales de la vida de la Iglesia.

El 8 de diciembre de 1870, en la primera solemnidad de la Inmaculada en la Roma ocupada desde hacía menos de tres meses por el ejército italiano, el beato Pío IX proclamaba a San José patrono de la Iglesia universal, confiándole la defensa del pueblo de Dios, amenazado no sólo por la agresión militar, sino también, si no sobre todo, por la agresión moral y cultural.

El acto solemne de Pío IX era la meta de un movimiento que había durado más de un siglo y en el que habían participado todo los componentes sociales. Desde los aristócratas hasta los campesinos, se apremiaba con apelaciones, súplicas y oraciones para obtener esa proclamación del Patronato de la Iglesia. También en esto, José es partícipe del destino de María, cuya culto, cuya devoción es fruto del fervor de los creyentes, es el resultado de una verdadera acción <<democrática>>, en el sentido de un empuje desde abajo hacia una jerarquía que, con frecuencia, no ha tenido más que filtrar, dirigir, definir y, a veces, proclamar el dogma.¹⁸

León XIII (15–VIII–1859) publica la gran Encíclica “*Quamquam pluries*” (15–VIII–1889)¹⁹, exhortando a confiar a San José la defensa de la Iglesia para superar las graves dificultades –el racionalismo naturalista y la disolución consiguiente de la familia cristiana, tema recurrente y

¹⁸ Cfr. Pío IX, Decreto *Quemadmodum Deus*, 8–XII–1870; *Carta Apost. Inclytum Patriarcam*, 7–VII–1871. DECRETUM. URBIS ET ORBIS. QUO. S. IOSEPH DEIPARAE VIRGINIS IMMACULATAE SPONSUS CATHOLICAE ECCLESIAE PATRONUS CONSTITUITUR. Quemadmodum Deus Iosephum illum a Iacob Patriarcha progenitum praepositum constituerat universae terrae Aegypti ut populo frumenta servaret, ita temporum plenitudine adveniente, cum Filium suum Unigenitum mundi Salvatorem in terram missurus esset, alium selegit Iosephum, cuius ille primus typum gesserat, quemque fecit Dominum et Principem domus ac possessionis suae, principalemque thesaurorum suorum custodem elegit. Siquidem desponsatam sibi habuit Immaculatam Virginem Mariam, ex qua de Spiritu Sancto natus est Dominus Noster Iesus Christus, qui apud homines putari dignatus est filius Ioseph, illique subditus fuit. Et quem tot reges ac prophetae videre exoptaverant, iste Ioseph non tantum vidit, sed cum eo conversatus, eumque paterno affectu complexus, deosculatusque est; nec non solertissime enutrivit quem populus fidelis uti panem de caelo descensum sumerat ad vitam aeternam consequendam. Ob sublimem hanc dignitatem, quam Deus fidelissimo huic servo suo contulit, semper Beatissimum Iosephum post Deiparam Virginem eius Sponsam Ecclesia summo honore ac laudibus prosecuta est, eiusdem interventum in rebus anxii imploravit. Verum cum tristissimis hisce temporibus Ecclesia ipsa ab hostibus undique insectata adeo gravioribus opprimatur calamitatibus, ut impii homines portas inferi adversus eam tandem praevalere autumarent, ideo Venerabiles universi Orbis Catholici sacrorum Antistites suas ac Christifidelium eorum curae concreditorum preces Summo Pontifici porrexerunt, quibus petebant ut Sanctum Iosephum Catholicae Ecclesiae Patronum constituere dignaretur. Deinde cum in Sacra Oecumenica Synodo Vaticana easdem postulationes et vota enixius renovassent, Sanctissimus Dominus Noster PIUS Papa IX nuperrima ac luctuosa rerum conditione commotus, ut potentissimo Sancti Patriarchae Iosephi patrocinio Se ac Fideles omnes committeret, Sacrorum Antistitum votis satisfacere voluit, eumque CATHOLICAE ECCLESIAE PATRONUM solemniter declaravit; illisque festum die decimanona Martii occurrens, in posterum sub ritu duplici primae classis, attamen sine octava ratione Quadragesimae, celebrari mandavit. Disposuit insuper ut hac die Deiparae Virgini Immaculatae ac castissimi Iosephi Sponsae sacra huiusmodi declaratio per praesens Sacrorum Rituum Congregationis Decretum publici iuris fieret. Contrariis non obstantibus quibuscumque. –Die VIII. Decembris anni MDCCCLXX.– C. Episc. Ostient. En Velit. Card. Patrizi S.R.D. Praef. D. Bartolini S. R. C. Secretarius.

¹⁹ “*La casa que José gobernó con potestad paterna contenía los principios de la Iglesia naciente. La Virgen Santísima, por ser la Madre de Jesucristo, es la Madre de todos los cristianos, a los que engendró en el Calvario entre los tormentos del Redentor, y también porque Jesucristo es el Primogénito de los cristianos, que son sus hermanos por adopción y redención. De aquí que el bienaventurado Patriarca tenga confiada así, por una razón singular, toda la multitud de los cristianos de que la Iglesia consta, a saber, esta familia innumerable extendida por toda la Tierra sobre la cual goza como de una autoridad paterna, en cuanto Esposo de María y Padre de Jesucristo. Conviene, por consiguiente, que el bienaventurado José, que en otro tiempo cuidó santamente a la Familia de Nazaret en sus necesidades, así ahora, defienda y proteja con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo*”. León XIII. Enc. *Quamquam pluries*, de 15–agosto–1889. (fragmento incluido en Denz 3262). El Papa León XIII -que publicó otras encíclicas a San José- en este documento se propone confirmar y orientar con su autoridad el movimiento espontáneo de la devoción del Pueblo de Dios al Santo Patriarca, que experimenta su poderoso patrocinio. También aquí, como en Mariología, el “*sensus fidelium*” ha ido, con frecuencia, por delante de la Teología y el Magisterio.

prioritario del magisterio de los últimos Pontífices– en el momento histórico en que entonces se encontraba.

Después de la agresión de la burguesía del siglo XIX, con su laicismo anticlerical y su incredulidad científica y positivista, he ahí la amenaza del materialismo marxista. Y una vez más, un Papa que recurre a la protección de San José. Pocos recuerdan que en 1937, en la “*Divini Redemptoris*”, la vigorosa encíclica de Pío XI sobre las ideologías criminales del siglo XX, se pone “bajo la protección de San José, protector poderoso de la Iglesia, la gran acción de los católicos contra el comunismo ateo”. Así dice textualmente aquel papa que, para marcar aún más su intención, quiso que la encíclica llevara la fecha del 19 de marzo, fiesta litúrgica del santo.

También el Vaticano II, aún no proponiéndose objetivos defensivos ni, menos que nunca, agresivos, recogía un desafío importante para la Iglesia. Se trataba de hacer frente de la forma más eficaz a esa modernidad que, para bien o para mal, ya estaba unificando el mundo. Entonces -una vez más un 19 de marzo, el de 1961- Juan XXIII puso el Concilio, como decíamos antes, en manos de San José, añadiendo su nombre al Canon romano. Su puesta en práctica tan tormentosa, cuenta con la guía segura de los sucesores de Pedro, cuyo ministerio petrino está bajo la poderosa protección del “terror de los demonios”.

El abundante y riquísimo magisterio de los últimos Pontífices converge en la gran “carta magna” de la Josefología “Redemptoris Custos” (cit. RC) de Juan Pablo II. Esta extraordinaria exhortación apostólica forma una trilogía con las encíclicas “Redemptor hominis” y “Redemptoris Mater” (cit. RM) los tres de la familia de Nazaret. En ella –firmada también, como la anterior, el 15-VIII– parece ceder el lugar que ocupa de representante de Cristo, a San José, que es verdadero Padre y Señor de la Iglesia –prolongación de la Familia de Nazaret– con una paternidad participada, en el Espíritu Santo, de la de Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3, 15); su Sombra protectora e icono transparente, como María lo es del Espíritu Santo –(según lo afirma el teólogo ortodoxo S. Boulgakov)²⁰–, en este momento grave y esperanzador a la vez, de la historia de la salvación.

Benedicto XVI –que lleva el nombre del Padre y Señor de Santa Iglesia de Dios–, una vez más conducirá la nave de la Iglesia con mano firme sorteando tantos insidiosos obstáculos promovidos por la antigua serpiente. Todo parece indicar que Dios quiere que el silencioso José salga de su anonimato poniendo más y más de relieve su eminente santidad y el protagonismo de primer orden que la Providencia le asigna en esta hora decisiva de la historia de la salvación.

Jean Gitton, conocido filósofo cristiano, amigo de Pablo VI, repetía a menudo -como pude comprobar en su viaje a Madrid, poco antes de morir, a finales del pasado siglo-: “Tengo la impresión de que el tiempo de José aún no ha llegado. No ha salido de la sombra: está sólo empezando. Veréis que el futuro nos reservará hermosas sorpresas sobre él”. Es una previsión, comenta V. Messori, que “alegra a quien, amando a María, ama también a este especialísimo Esposo suyo”.

1.3 Propuesta de una Teología sistemática de San José.

²⁰ S. BOULKAKOV, *L'ortodoxie*, París 1942, 166. J. J. OLIER (*La journée chrétienne*) ha escrito admirablemente sobre la imagen de Dios Padre en San José, “que fue dado a la tierra para expresar sensiblemente las perfecciones adorables de Dios Padre. En su sola persona era portador de su esplendor de belleza, su pureza, su sabiduría y su prudencia, su misericordia y su compasión. Un solo santo ha sido destinado para representar a Dios Padre, mientras que fueron precisos una infinitud de santos para representar a Jesucristo. Por eso hemos de considerar al augusto San José como lo más grande del mundo, más célebre y más incomprendible. Habiendo escogido el Padre este santo para hacer sobre la tierra su imagen, le comunicó una semejanza suya invisible y oculta... más allá de la capacidad de comprensión del espíritu humano... Jesús, ya no me sorprende de que hayas permanecido treinta años en aquella casa sin separarte de José. No me sorprende de que seas inseparable de su persona. Su casa era para Ti un paraíso, como el seno de tu Padre, del cual eres inseparable y en el que tienes puestas tus eternas delicias. Fuera de esta casa, no encuentras más que sujetos funestos, más que pecadores, esas tristes causas de la muerte”. (cit. Por A. DOZÈ, *Le mystère de Saint Joseph révélé a deux femmes: Thérèse (d'Avila) et Bernardette*, Actas simp. de Kevelaer 2005, vol I, 386).

El “misterio inefable” de San José, tan elocuentemente silencioso como tan poco conocido todavía y extrañamente marginado por no pocos mariólogos -no por la creciente devoción popular, fruto de la callada acción del Espíritu Santo, en la fe de los sencillos- debe ser, ciertamente, antes objeto de contemplación, devoción y gratitud –“casto silencio venerantes”- que de reflexión teológica. Pero no es menos cierto que ambas aproximaciones, sapiencial y científico-sistemática, son, sin embargo, irrenunciables y complementarias; en una circularidad “virtuosa” descrita en la Encíclica “Fides et Ratio” de Juan Pablo II.

El punto de partida irrenunciable del saber teológico en cualquiera de sus partes –que estudian diversos aspectos del único “misterio” de Cristo, en una unidad formalmente indivisible-, no puede ser otro que la Sagrada Escritura, leída a la luz de la tradición viva de la Iglesia de origen apostólico; con la guía segura del Magisterio, que culmina –en lo que se refiere al misterio de San José-, en la exhortación apostólica “Redemptoris Custos” de Juan Pablo II. Este extraordinario documento, verdadera “carta magna” de la Josefología -bien fundada en la mejor teología bíblica-, presenta la figura amabilísima del Santo Patriarca como personaje clave de la historia de la salvación.

Esta función central se San José, siempre asociado a Jesús y a María en el plan divino de la salvación, se puede y se debe descubrir en *una hermenéutica de la Escritura que ponga de relieve –o explicitamente– el sentido que el conocido escriturista y mariólogo padre Artola llama “pleno inclusivo”, implícito en numerosos pasajes bíblicos –históricos, proféticos y sapienciales–; en especial, como hicieron los Padres respecto a María, la nueva Eva, en los textos paulinos sobre el nuevo Adán; leídos en la perspectiva del Protoevangelio (la reina de las profecías, que compendia toda la historia del mundo en un versículo), y de Gal 4, 4, a la luz del paralelismo bíblico, la unidad de la Escritura y de su sentido espiritual típico.* Esta exégesis de origen patrístico, fundada en el paralelismo bíblico y la analogía de la fe permite descubrir en el sentido “pleno inclusivo” de muchos textos bíblicos, leídos en clave mariana, una lectura tipológica –por analogía de participación– en clave josefina. A ello invitan algunas tipologías –como la de José de Egipto–²¹ que la tradición refiere a José, por su gran poder ante el Faraón (“tú serás quien gobierne mi casa. Sólo por el trono seré mayor que tú” (Gn 41, 40)), para lograr abundancia de dones, que evoca el poderoso patrocinio de S. José para que nunca falte a la Iglesia el Pan de la Palabra y el Pan de vida. “Id a José y *haced lo que él os diga*”. Así lo hace el Magisterio desde Pío IX (Cfr. *Inclitum Patriarcam*, que nombra a San José Patrono de la Iglesia (8–XII–1870) Es evidente la referencia al poder de intercesión de María en Caná, que usa exactamente las mismas palabras (Jn 2, 3).

Lo que se ha escrito refiriéndose a María, podemos también afirmarlo de José: *el llamado silencio de la Escritura deja de ser tal –dice acertadamente F. Canals–²² para quien estudia los textos bíblicos referidos al Santo Patriarca con esta perspectiva histórico salvífica según la unidad de toda la Escritura y la analogía de la fe.* (Cfr. CEC 112–114). *En esta lectura de la revelación bíblica, de antigua raigambre en la tradición patrística, aparece la Familia de Nazaret como la piedra angular en el designio salvífico de Dios de ambos testamentos, por el que se manifiesta a sí mismo –el misterio de Dios Trino– y da a conocer el misterio de su voluntad salvífica, que tiene su vértice, cuando llega la plenitud de los tiempos, en la Encarnación redentora de Verbo acogido en el seno de María y en la casa de José.*²³

²¹ A ella alude el Magisterio, como vimos (cfr. Nota 18). Algunos autores ven como prefiguraciones tipológicas de san José a Mardoqueo, en el libro de Ester; o el marido de la mujer fuerte en el de Daniel.

²² *San José, patriarca del pueblo de Dios.* Tesis de doctorado en Teología dirigido por el padre Solá, del conocido catedrático de Metafísica, buen amigo mío, Francisco CANALS VIDAL, Barcelona 1979.

²³ M. ARTOLA, *El pecado por Eva y la salvación por María*, “Estudios Marianos” 70 (2004), 17–37. El A. descubre en la tipología del nuevo Adán (Rm 5, 12–21 y 1 Cor 15, 22, 25) a la luz de la unidad dual de Adán y Eva –anunciada por Gn 1, 26–27 y Gn 2, 23–24– sin excluir aquellos análisis histórico literarios, en la comisión del acto pecaminoso primario. Así lo convinieron espontáneamente los antiguos Padres griegos, al descubrir una implícita inclusión de María, nueva Eva, por analogía de participación en una exégesis personalista dual e inclusiva.

Un estudio teológico sobre el “misterio” de San José –su singular posición en el plan salvífico de Dios– tiene múltiples dimensiones que deben desarrollarse en la perspectiva que propone la Teología científica de la fe –positiva (o histórico salvífica) y (en ella fundada) especulativa–, de modo articulado y sistemático.

Tal ha sido mi pretensión al escribir mi ensayo teológico sobre San José, antes citado, inspirado en la vivencia sapiencial de los santos, es especial de Sta. Teresa de Jesús y de San Josemaría y, sobre todo, en la Carta Magna de la Josefología, “Redemptoris Custos”. He intentado en él exponer ordenadamente, de modo sistemático, el misterio del Santo Patriarca, partiendo de la Escritura leída “in Ecclesia”, y siguiendo la pauta metódica de la indisociabilidad de los tres – Jesús, María y José– como principio estructurante de la Josefología, en la secuencia lógica de los *cuatro pasos sucesivos*, que señala la Carta a los Romanos (cfr. Rm 8,20–30); *cada uno de los cuales es el fundamento del siguiente*:

(1) Su *predestinación* –en un mismo decreto con Cristo y su Madre–, “ante mundi constitutionem” (Ef 1, 3), a ser Cabeza de la Familia que iba a acoger en la historia al Verbo encarnado para redimir a la humanidad caída, comenzando por su esencial dimensión familiar; reflejo o reverbero de la Trinidad en el Hombre, su imagen creada, que quiso asumir para restaurarla según el plan originario de Dios.

(2) Su *vocación*, en el tiempo, a la excelsa misión de padre virginal y mesiánico del Unigénito del Padre –encarnado en el seno virginal de su Esposa–, que le encumbra de modo misterioso al orden hipostático de la Encarnación redentora. Tal es el *fundamento de la plenitud inicial de gracia* que recibió de Dios –en constante crecimiento, por su heroica respuesta de fe– proporcionada al cumplimiento de su sobrehumana vocación, *que calificamos de “paternal”*; la mayor santidad entre las puras criaturas, después de la plenitud de santidad inmaculada –maternal– de la Madre de Dios y Madre nuestra.

(3) Su *justificación* efecto de la *redención* universal –*objetiva o adquisitiva*– consumada en el Sacrificio del Calvario, de la que Dios quiso hacer partícipes, de manera única y singular (cfr. LG 61) –con su heroica respuesta de fe, esperanza y ardiente caridad a aquella inicial *plenitud materna y paterna de gracia*–, a María y a José, de modo diverso en ambos, como Corredentores, subordinadamente al Redentor (que lo fue también de ellos, con una más perfecta redención que hacía posible que tomaran parte activa en la de los demás redimidos).

(4) Su *glorificación*, en especial, su singular participación, ya glorificado –en cuerpo y alma–²⁴ en la *redención subjetiva*: en la progresiva edificación de la Iglesia peregrina, por mediación de la Eucaristía –siempre en unión indisociable con su Hijo y su Esposa virginales, hasta la Parusía del Señor, cuando entregue el reino consumado (de “los santos del Altísimo”) al Padre. (En este contexto hemos tratado de la participación, también singular, del Santo Patriarca en la Realeza de

T. STRAMARE en, *Vangelo della Vita Nascosta de Gesù*, Bornato in Franciacorta 1998, 78, escribe: “Mientras en el pasado los escrituristas sometían el texto a análisis filológicos y a la crítica histórica, actualmente se pone mucha más atención a otros aspectos, como son el ambiente judeo–cristiano, la forma literaria, la distinción entre la redacción y la tradición, el análisis semántico, y de modo especial se presta muchísima más atención a los llamados «citados de ejecución o de realización», sobre todo en Mateo”. Habría que privilegiar entre estos últimos el sentido espiritual típico y el pleno inclusivo al que hago referencia en el texto.

²⁴ . Sobre la glorificación de S. José, su historia y su problemática, puede consultarse *Teología de San José*, del P. B. LLAMERA, BAC 108, que el c. 6 expone con seriedad y detenimiento todo lo que los teólogos de San José han ido exponiendo sobre el tema. Citando al cardenal Lepicier, estima “que dentro de la fe católica puede defenderse que ha resucitado ya en carne, contándose en el número de aquellos de que habla San Mateo”. Y cita, entre los que defienden esta sentencia, a Gerson, San Bernardino de Siena, Isolani, Cartagena, Bernardino de Bustis, Suárez, Selmayr, Trombelli, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Liguorio.

Cristo, como Padre y Señor de la Iglesia universal, tanto en su fase peregrina, como en su consumación escatológica en la Jerusalén celestial).

En estas líneas, que quieren salir al paso de la injusta depreciación de San Jose como figura clave de la historia de la Salvación, no quiero dejar de exponer lo esencial de la argumentación teológica que prueba su singular participación en la obra de la Redención del hombre, en todas sus dimensiones esenciales.

En mi exposición oral resumiré brevemente los dos próximos epígrafes (2, 3) más teológicos, que fundamentan las tesis que propongo en la última parte (4) sobre el tema monográfico -la pastoral de la familia en nuestra sociedad postmoderna- que he elegido en esta emblemática ocasión.

2. JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA, VERDADERO PADRE VIRGINAL Y MESIÁNICO DE JESÚS POR CONSTITUCIÓN DIVINA.

El P. Enrique Llamas afirma acertadamente *que la clave para acceder al misterio de San José es su predestinación ab aeterno a ser cabeza de la familia de Nazareth, en un único decreto - junto con María su esposa- del misterio de la Encarnación del Verbo*, que debía ser acogido, en el designio salvífico de Dios en la plenitud de los tiempos en el santuario del amor y cuna de la vida del hogar familiar fundado por el matrimonio de ambos esposos: en la casa de José, padre virginal del Redentor y ministro de salvación, como le denomina Juan Pablo II en la RC.

Es urgente que los cultivadores de la Mariología no expongan la maternidad virginal de María como si aconteciera a una mujer soltera protegida por José, sin advertir la contribución esencial de su matrimonio con José, el hijo de David en la Encarnación y Nacimiento del Verbo, vértice irrebasable del plan salvífico consumado en la Parusía del Señor al llegar la plenitud de los tiempos.

El hecho de ser María la esposa prometida de José, está contenido en el designio mismo salvífico de Dios de la Encarnación del Verbo. Así lo indican los dos evangelios de la infancia, pero de modo particular Mateo (cfr. RC 5). En el designio eterno María aparece de manera expresa como la Esposa prometida de José (Cfr. CEC 488) Esto incluye implícitamente la predestinación del Santo Patriarca, pues *no se puede entender la existencia de la esposa sin el esposo. Son términos correlativos que mutuamente se implican.*

Pero no sólo fueron predestinadas –aisladamente consideradas– las personas según un orden de dignidad; sino que *fue predestinada la misma Familia de Nazaret en cuanto tal formada por el matrimonio, singular y virginal de María y José, para acoger dignamente al Hijo de Dios en el tiempo –en el tiempo histórico de la historia de la salvación–, para cuidarle, alimentarle, educarle... y para abrir así el camino que le disponía al cumplimiento de la misión del Hijo de Dios, como Redentor de los hombres.*

A veces se presenta el misterio de la Encarnación en el seno virginal de María como si fuese una mujer soltera protegida por José sin atribuirle una directa relación con el acontecimiento central de la historia de la salvación en tanto que esposo virginal y cabeza de familia de la estirpe de David. Urge sacar a la luz la importancia soteriológica del matrimonio virginal del que brota – como de la raíz de Jesé profetizada por Isaías en los vaticinios del Emmanuel– el Mesías anunciado de la descendencia de Abraham. *El matrimonio con José no es una tapadera de la virginidad de María.* Debe tenerse en cuenta que, “si es importante profesar la concepción virginal de Jesús, no lo es menos defender el matrimonio de María con José, porque jurídicamente depende

de este matrimonio –en tanto que virginal– la paternidad de José”. (RC, 7) El Santo Patriarca adquiere así –y sólo así– una relación directa con el misterio de la Encarnación, como padre virginal -y, como veremos, mesiánico- del Mesías Redentor.

La predestinación de la Familia de Nazaret forma parte en los designios eternos de Dios, del objeto adecuado de la predestinación del misterio de la Encarnación redentora. Dice Pío IX en su bula “Ineffabilis Deus” al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, que por un mismo y eterno decreto, Dios ha predestinado a Jesús a la filiación divina natural; y a María a ser Madre Virginal del Verbo. Pues *la predestinación eterna de Cristo no sólo influye en la Encarnación, sino en el modo y las circunstancias en las que debía realizarse, en tal tiempo y en tal lugar:* “et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine”, como dice el símbolo Niceno–Constantinopolitano.

Una circunstancia “*esencial*” de la Encarnación –sin duda– es su libre y fiel acogida –con la plenitud de gracia que se requería para disponerles a realizar tan excelsa misión– de *Quienes debían acogerle, en su seno* –María– y en su casa –de José–; en su familia, “Santuario del amor y cuna de la vida”.

“*Yo soy yo y mi circunstancia*” decía J. Ortega y Gasset. Y añade: “si no salvo mi circunstancia no salvo a mi yo”. El hombre –repetía insistentemente San Josemaría– “no es un verso suelto. Formamos parte de un mismo poema épico, divino”. La imagen de Dios en el hombre que Él vino a restaurar –creado varón y mujer– no hay que verla únicamente en su aspecto individual (espíritu encarnado, capaz de conocer, amar y dialogar con Dios, en soledad) sino en tanto que llamado a la comunión en su dimensión familiar, que no es accidental o adventicia, sino esencial y constitutiva de la condición humana, especialmente deteriorada por la caída de los orígenes.²⁵

«En esta gran obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral de Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva habían sido fuente del mal que ha inundado el mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida». (RC 7)

La pareja del umbral del Nuevo Testamento a que se refiere a una tradición -pronto olvidada-, a la que alude Pablo VI en la alocución a los equipos “Notre Dame”, citada por su sucesor Juan Pablo II en este texto que comienza con San Ireneo²⁶ -José, hijo de David, desposado con María, la

²⁵ «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gen 1,26). Antes de crear al hombre, parece como si el Creador entrara en sí mismo para buscar el modelo y la inspiración en el misterio de su Ser, que ya aquí se manifiesta de alguna manera como el «Nosotros» divino. De este misterio surge, por medio de la creación, el ser humano: «Creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; varón y mujer los creó» (Gen 1,27). La paternidad y maternidad humanas, aún siendo biológicamente parecidas a las de otros seres de la naturaleza, tienen en sí mismas, de manera esencial y exclusiva, una «semejanza» con Dios, sobre la que se funda la familia, entendida como comunidad de vida humana, como comunidad de personas unidas en el amor (communio personarum). El «Nosotros» divino constituye el modelo eterno del «nosotros» humano; ante todo, de aquél «nosotros» que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina. De esta dualidad originaria derivan la «masculinidad» y la «feminidad» de cada individuo, y de ella cada comunidad asume su propia riqueza característica en el complemento recíproco de las personas. El hombre y la mujer aportan su propia contribución, gracias a la cual se encuentran, en la raíz misma de la convivencia humana, el carácter de comunión y complementariedad”. (JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n.6). Cfr. J. FERRER ARELLANO, *El misterio de los orígenes*, Pamplona, Eunsa, 2001, parte I Cáp. I, anexo. Sobre este tema, que aquí solo apunto, trata el Simposio de San José IX–2005 la ponencia de Blanca CASTILLA CORTÁZAR, *Maternidad y paternidad virginales de María y José*. (“Actas” vol I, 61–75).

²⁶ San Ireneo contrapone la primera pareja, aquella virgen Eva, destinada ya a su marido (*iam viro destinata*) y engañada por la seducción del padre de la mentira, a la verdad en la que fue evangelizada por el Ángel aquella Virgen María, que ya estaba desposada (*iam sub viro*) con José, y a la aceptación del mensaje del Ángel, y la respuesta sin ruido y en silencio de José a los planes salvíficos de Dios. San Ireneo alude a la familia, que acoge al Hijo de Dios en el tiempo -la casa de José-, que tuvo su origen

hija de Sión bíblica-, *hace referencia a una circunstancia histórica concreta –mejor diríamos dimensión esencial– de la Encarnación, que es la familia formada por el matrimonio de María y José, que estaba predestinada a acoger en la historia al Verbo encarnado en el Seno de la Virgen en la casa de José, constituido por decreto divino padre virginal y mesiánico del Mesías Rey, cabeza de la familia de la que brotaría la salvación, el tallo de la raíz de Jesé de la profecía del Emmanuel de Isaías.*

Esta referencia a José y a María en la perspectiva de la historia de la salvación entronca a Jesús con la simiente de Abraham a quien se hicieron las promesas. Alude, pues, a “la *generación patriarcal*” de Jesús que tiene gran importancia –observa acertadamente F. Canals– para no malentender “la *generación virginal*” del nuevo Adán, el Verbo de Dios que asumió la humanidad en el seno de la nueva Eva, a la que alude el protoevangelio (Gn 3, 15) -María asociada al nuevo Adán en su triunfo sobre la serpiente, según la otra tipología bíblica de la patología más antigua (San Cipriano, San Ireneo)-, de modo intemporal, abstracto y ahistórico (“la Mujer”), más recurrente en la tradición que la anterior. El Verbo, en efecto, no asumió al encarnarse en el seno de María la nueva Eva, una naturaleza humana universal y abstracta, como parecen dar a entender algunas expresiones de Padres de tendencia platonizante, sino individual e histórica solidaria de todos y cada uno de los hombres en su distinción irrepetible. La salutación angélica a *María* como *hija de Sión*, desposada con un varón de la casa de David; presenta a Jesús como el *Hijo de David* anunciado por los profetas; “de la descendencia de David según la carne” (Rm, 1, 3) y de *la simiente de Abraham* (Mt 1,1) a quien se hicieron las promesas.

«Alégrate, llena de gracia. El Señor está contigo» (1, 28). «Alégrate»: a primera vista, parece no ser otra cosa que la fórmula de saludo habitual en el ámbito lingüístico griego. De hecho la tradición también se ha atenido a la traducción más tradicional. «Salve». Pero, desde el trasfondo veterotestamentario, esta fórmula de saludo cobra un significado más profundo, cuando se advierte que la misma palabra aparece cuatro veces en el texto veterotestamentario griego, y siempre es el anuncio de la alegría mesiánica (So 3, 14; Jl 2, 21; Za 9, 9; Lm 4, 21).²⁷

Estos pasajes, especialmente el de Sofonías, contienen una doble promesa dirigida a Israel, la Hija de Sión: Dios vendrá como salvador y habitará en ella. Dios, que habitaba en el seno de Israel –en el arca de la Alianza, lugar de la presencia (Shekiná) de la gloria de Dios (Kabór) -manifestada a veces en la teofanía de la nube luminosa–, habita ahora de forma absolutamente literal en la virgen de Nazaret, que se convierte así en *la verdadera arca de la Alianza en Israel*, por lo que el símbolo del arca recibe de la realidad una fuerza inaudita: Dios en la carne de un hombre, que ahora se convierte, cuando el poder de Altísimo –el Espíritu Santo– la cubre con su sombra (“shekiná”) y pone su tienda (“ekenosen”) entre nosotros. (Jn 1, 14).²⁸

Cristo nació en el hogar familiar del matrimonio de San José con la Virgen Madre de Dios, según la ordenación de la divina Providencia. Ahora bien, este matrimonio virginal depende del consentimiento de José; luego por este consentimiento influye de modo directo y esencial en la divina maternidad virginal de quien, según el plan de la divina Sabiduría, iba a venir al mundo, para salvarnos, en una familia: en la casa de José, hijo de David. Es, pues, necesario su consentimiento en la constitución de la unión hipostática en el seno de su virginal esposa, Madre

en su matrimonio con María. Cfr. *Adv. Hacreses*, IV, 23; PG 7, 1048. Algo parecido dice ORÍGENES, *In Lucam*, Homilia VI, 3; PG 13, 1814.

²⁷ A ello hizo referencia por vez primera S. LYONNET en su conocido artículo publicado en *Biblica* 20 (1939) 131–141. Estas indicaciones fueron recogidas y desarrolladas por R. LAURENTIN, *Estructura y Teología del Evangelio de la infancia de Jesús*, 75 ss. Sobre el estado actual del debate acerca de la interpretación del saludo del ángel, cf. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Los evangelios de la infancia II*, Madrid 1986, 149–160.

²⁸ “La identificación tipológica entre María y Sión lleva a una gran hondura. Explica de forma nueva la Antigua Alianza a la luz del acontecimiento de Cristo. María es Sión en persona, lo cual significa que ella vive plenamente lo que se quiere decir con Sión. Vive de manera que es un lugar para Dios. Vive según la medida común de la historia sagrada, de manera que desde ella nos contempla, no el yo estrecho y encogido de un individuo aislado, sino Israel entero y verdadero”. Cfr. J. RATZINGER, H. URS VON BALTHASAR, *María, primera Iglesia naciente*. Madrid, Encuentro, 4 ed, 1999, 48 ss.

del Verbo encarnado (a), y para que se cumplieran las profecías del mesianismo real de Jesús, que comienzan con Natán (cfr. 2. Sam 7, 1-17): Hijo de David, por serlo de José (b).

a. Paternidad virginal

San José, consintiendo en la virginidad de María y con su propia virginidad, coopera así de modo directo, con su libre aceptación del plan salvífico de Dios, a la realización del orden hipostático redentor.²⁹ Al unirse (José a María) contrayendo matrimonio, pusieron la causa moral y extrínseca –como es la causa final– para poder acoger al Verbo de Dios en el Santuario del amor y cuna de la vida que es la comunión de los esposos. El Señor ha querido iniciar la obra de la salvación en el umbral del Nuevo Testamento con esta unión virginal y santa, por medio de la cual comenzaba la purificación y renovación de las familias que superase los deletéreos estragos que causó en ellas la caída de la primera pareja fuente del mal que había inundado el mundo. (cfr. RC 7e, que alude al texto de San Ireneo en la conocida alocución de Pablo VI, a la que nos referíamos antes y que comento ampliamente en mi Teología de San José).

La idea expresada por San Ildefonso -cuyo centenario acabamos de celebrar-: “María, siempre fiel a su Hijo, y a su esposo José, fue virgen por voluntad de Dios y por voluntad del hombre”,³⁰ implícitamente refiere también la virginidad de José a la realidad de su paternidad sobre Jesús por su libre decisión de vivir un amor esponsal a María, en la virginidad, movidos ambos por el Espíritu. Subraya la importancia decisiva del proyecto de virginidad comportado por ambos esposos, en virtud del “*nexo sutil*” pero real, de causalidad que se establece en la comunión de amor entre José y María, su esposa, en la generación y el nacimiento de Jesús. En él brotaría el Mesías de la vara Jese profetizado en el libro del Emmanuel del Protoisaías

En este pasaje está latente la tesis capital de la teología sistemática de San José, padre virginal y mesiánico del Hijo concebido en el seno de María su esposa. El libre consentimiento al matrimonio virginal de ambos esposos –su fidelidad a Dios- implicaba la mutua fidelidad de amor esponsal virginal en obediencia de fe a la voluntad de Dios, a acoger en el hogar familiar, que ellos formaban con su amor esponsal –santuario de amor y cuna de la vida-, que estaba predestinado por Dios, para que se realizase en él “el misterio escondido desde los siglos en Dios” en su momento culminante.

María aceptó, por lo tanto, la elección para Madre del Hijo de Dios guiada por el amor esponsal a Dios, del cual veía –a la luz del Espíritu Santo, su Esposo- un reflejo por participación su amor matrimonial a su esposo José, imagen –icono transparente, por obra del Espíritu Santo- de Dios Padre. En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo “entregada a Dios”, viviendo la virginidad en el matrimonio, en comunión de amor –humano y divino a la vez, en indisoluble unión espiritual y unión de corazones– con su virginal esposo; que posibilitaba su

²⁹ San Alberto Magno observa agudamente que la virginidad de María fue virginidad de casada (virginitas uxorata), porque ésta pide y supone necesariamente igual virginidad en el varón, pues de ésta depende su virginidad.

³⁰ Tras proclamarla dichosa entre las mujeres y digna de alabanza, prosigue haciendo una encendida alabanza de la pureza virginal, y –en relación con ella- (he aquí *la primera y fundamental sugerencia para profundizar en el misterio de San José*, indisociable del de María y su Hijo virginal), a su doble fidelidad a su Hijo y a su esposo José, haciendo notar que “María, *siempre fiel a su Hijo y a su Esposo José; es Virgen por Voluntad de Dios y por voluntad de hombre*”. Esta observación, dicha como de pasada, de gran calado teológico, abre el camino para una adecuada inteligencia del misterio de San José. Cfr. mi estudio, publicado en *Estudios Marianos*, 2007, *Algunas sugerencias de San Ildefonso para una Teología de San José*. “En el pasado eres limpia para Dios –escribe- en el presente tuviste en ti al hombre y a Dios, en el futuro serás madre del hombre y de Dios; alegre por tu concepción y tu virginidad, contenta por tu descendencia y por tu pureza y *fiel a tu Hijo y a tu esposo*. Conservas la fidelidad al Hijo tuyo, de modo que ni Él mismo tenga quien le engendre; y de tal modo conservas la fidelidad al Hijo tuyo, de modo que ni El mismo tenga quien le engendre; y *de tal modo conservas la fidelidad a tu esposo, que el mismo te conozca como madre sin concurso de varón*”, siempre fiel a él también.

propia virginidad. Esa misma interpretación hace el Doctor de la Iglesia San Lorenzo de Brindisi (OFM, cap). También él compara el matrimonio de María y José con el matrimonio espiritual de la Inmaculada con Dios.³¹

La maternidad plenamente virginal de María tiene un doble aspecto: la total dedicación de María a su Hijo, que es Dios (lo cual está implicado en los postulados morales de la dignidad de Madre de Dios), y un aspecto de integridad corporal que tiene analogía con la generación eterna, sin corrupción, por la que el Verbo procede del Padre. Es interesante subrayar que en el concepto de virginidad de María -unida a la de su Esposo José, que siguieron con plena y fiel disponibilidad el llamamiento a una profunda comunión virginal de amor matrimonial- quedan así íntimamente ligadas la virginidad espiritual por la que se dan a su Hijo-Dios con corazón indiviso (cf. 1 Cor. 7, 32 ss.) en el matrimonio, y la corporal de la virginidad perpetua.

Así como María, la Virgen Fiel, por su “fiat” –en obediencia de fe– cooperó eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre de Dios según el Espíritu y según la carne:

“Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será –escribe San Agustín-. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra (umbraculum) es inaccesible a los ardores de la concupiscencia. Porque concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo”.³²

... lo mismo podemos decir por analogía, de la silenciosa obediencia de fe de José, hijo de David, a la invitación del ángel de parte de Dios –de quien deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra”(Ef 3,15)– a acoger en su casa a su esposa y a su Hijo, concebido por obra del Espíritu Santo (Mt 1, 22), y a imponerle el nombre en el rito de la Circuncisión, al que fue así inscrito en la genealogía davídica, como verdadero padre no sólo *virginal* –según el Espíritu- sino *mesiánico*, por constitución divina, del Hijo virginal de su esposa; obrándose así en su casa “el Misterio escondido desde los siglos en Dios “. (Cfr. “Redemptoris Custos” de Juan Pablo II, aquí cit. RC 20).

San Agustín así lo entiende:

«Dice San Lucas: se pensaba que era padre de Jesús. ¿Por qué dice solo se pensaba? Porque el pensamiento y el juicio humanos se refieren a lo que suele suceder entre los hombres. Y el Señor no nació del germen de San José. Sin embargo, a la piedad y a la caridad de José, le nació un hijo de la Virgen María, que era Hijo de Dios. Es por eso su padre virginal según la mente o el espíritu». (Sermo 20)

Por su “fiat” –la obediencia de la fe– María cooperó eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre de Dios según la carne, primero según el espíritu (en su mente y en su corazón) y luego en su seno. Lo mismo podemos decir, por analogía, de la obediencia de fe de José a la invitación del ángel de parte de Dios –de quien deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra”(Ef 3,15)– a acoger *en su casa*, como verdadero padre, por constitución divina, al Hijo virginal de su esposa; y con Ellos, “el Misterio escondido desde los siglos en Dios “. (RC 20)

También José es su padre por su indisociable y libre cooperación –en el tiempo histórico, llegada la plenitud de los tiempos- a la realización del designio de la Encarnación redentora, en virtud de su libre consentimiento y total entrega al querer de Dios. Es decir, *por su obediencia de*

³¹ Cfr. *Marialis*, Madrid, BAC, 2004, 518 ss.

³² S. AGUSTÍN, Sermo 291. Cfr. RM 20.

fe; esta vez sin palabras pero con obras (cfr. RC 5): poniendo en práctica, sin dilación, “lo que le había sido dicho de parte del Señor”: acoger en su casa -en el hogar familiar, santuario de amor, para acoger el Fruto del Vientre sagrado de su Esposa- a María y al Niño, sometido a su autoridad paterna para educarle, en unión con su Esposa, preparándole para el holocausto del Calvario. No otra es la razón formal de la paternidad virginal de José respecto a Jesús: la obediencia de la fe al designio de Dios manifestada por el Ángel, en heroica fidelidad a la misión a que fue llamado. No tuvo, desde entonces, otro corazón ni otra vida que la de María y Jesús, su Esposa e Hijo virginales.

b. Paternidad mesiánica

José se sentía perplejo cuando Dios interviene: “*En esto pensaba, cuando en sueños se le apareció un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo y le pondrás por nombre Jesús porque él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mt 1, 20).

Sus angustiosas dudas al advertir el estado de su Esposa recuerdan la noche oscura de los sentidos descrita magistralmente por San Juan de la Cruz.³³

El anuncio del Ángel (Mt 1, 20-24) empieza con la solemne invocación: “*José, hijo de David*”, como manifestándole la razón misma de su presencia junto a María y al Niño: como consta en las genealogías de Mateo y Lucas, Jesús se vincula a la estirpe de David por José; y por éste se convierte en el heredero directo de las promesas mesiánicas.

No temas: reaparece la alegría. Así tranquilizó Gabriel a Zacarías (Lc 1, 13) y a María (1, 30); con una sola fase elimina el peso que abrumaba a José.

Recibe a María, tu esposa: la respuesta es exactamente la que conviene a la pregunta obsesionante que se hacía: ¿qué va a ser de nuestro matrimonio? Sí; ese matrimonio forma parte del plan de Dios y va a ser, al mismo tiempo, un auténtico matrimonio humano, una intimidad cotidiana.

Pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. José ya lo sabía, pero esta gran luz lo ilumina todo, revelando al mismo tiempo la auténtica maternidad divina de María y la auténtica paternidad virginal de José.

Dará a luz un hijo. Y le pondrás por nombre Jesús. La primera anunciación a María había confirmado la maternidad virginal de María y revelado que su virginidad era la condición imprescindible para su maternidad. La segunda anunciación a José no sólo preserva el matrimonio virginal, sino que les revela la fecundidad de la fe y el amor virginal de los dos esposos, que florecía en el Enmanuel anunciado por Isaias, el tallo de la raíz de Jesé, que había sido confiado al amor de los dos esposos: a los cuidados paterno y materno del matrimonio formado por María y José.³⁴

Al imponerle el nombre de Jesús –en el rito de la circuncisión, que era signo de la Alianza de Dios con Abraham (cfr. Gn 17,13), que en Jesús alcanza su pleno efecto, siendo el sí de todas las promesas– *José declara su paternidad legal sobre Él*, y al hacerlo proclama también su misión salvadora (cfr. RC 12). Si es el Mesías Salvador, hijo de David, lo es por esa paternidad de José, en

³³ Cfr. El interesante estudio de Román LLAMAS, *José sólo ante el misterio*, en el vol. I de la Actas del IX Simposio internacional de San José, Kevelaer (25-IX-2005), 161 a 181. El A. traduce acertadamente el verbo griego “enzimenzentos”: “habiendo pensado estas cosas”, no “decidió” (dejarla en secreto).

³⁴ Cfr. H. CAFFAREL, *No temas recibir a María tu esposa*, Madrid 1993, 53, 54 ss.

cuya virtud es constituido oficialmente, en cumplimiento de la profecía de Natan y de la Alianza con David y su casa, en la que se compendian todas las anteriores alianzas veterotestamentarias. Es la genealogía de José, no la de María, que pertenecía también a la casa de Aarón, de la tribu de Leví, la que constituye a Jesús en el trono de David su padre, cuyo reino en la casa de Jacob no tendrá fin. Es, pues, José, el padre mesiánico de Jesús, por haber recibido en su casa a la Madre con su Hijo, y por haberle impuesto el nombre, haciéndole así el hijo de David en el que cumplirán los vaticinios proféticos de su mesianismo real.

José, hijo de David (Mt 1,20), por su paternidad legal, transmitió a Jesús los derechos de la herencia davídica, al imponerle el nombre, Jesús, que es la base jurídica para que pudiera ser el Mesías descendiente de David. Alejandro Diez Macho observa con razón que “Dios no parece haberse contentado con un entronque jurídico de la ley humana. Parece haber otorgado a José una paternidad superior a la legal por matrimonio o adopción: una paternidad que pudiéramos llamar “constitutiva” o por decreto divino. Para entender tal paternidad basta recordar que de Dios deriva toda paternidad en el cielo en el la tierra (Ef 3, 15); que Dios puede hacer de piedras hijos de Abraham, “padre de las naciones gentiles” (Rm 4, 17). Dios constituyó a José, precisamente cuando por una u otra razón intentaba declinar la paternidad legal³⁵, padre de Jesús por especial determinación del cielo: no sólo padre por derecho humano, padre legal, sino *padre por constitución divina*. La paternidad de José es, pues, singular. Por esa razón es también singular la filiación davídica de Jesús.³⁶ Es significativo que en la Escritura sólo reciben el título “hijo de David” únicamente Jesús y José, su padre mesiánico.

“Mateo, en 1, 18–25 pretende probar que Dios mismo incorpora a Jesús en la genealogía de José, y que José acepta tal incorporación. Para eso, envía a su ángel a José pidiéndole que no dé libelo de repudio a María con la que estaba ya desposado, aunque todavía no la había llevado a su casa, rito con que se consideraba terminado en su solemnidad externa el contrato matrimonial. Le pide que no rompa, por divorcio, los esponsales (*erusin*), ya contraídos, sino que los complete con la boda solemne (*nissuín o liqquhín*). Dios quiere que sea el esposo de María y que no la abandone por temor a lo numinoso, a lo santo, por reverencia al misterio prodigioso operado sin concurso de José en María.

José es padre de Jesús; pero no sólo padre legal –padre ante la ley–, o padre nutricio –padre que provee el alimento– no sólo padre, porque José adopta a Jesús, o porque Jesús es hijo nacido en el matrimonio María–José, sino *padre por constitución divina. No padre de la generación,³⁷ pero sí padre del nacimiento*. Con lo cual, la incorporación de Jesús en la rama de David se hace a través de José, no únicamente por adopción humana de este hombre “justo” excepcional, sino por la paternidad que Dios otorga a José sobre el hijo”.³⁸

³⁵ Son tres las hipótesis explicativas de origen patristico de esta conducta de José: la de la *sospecha (de adulterio)* –Justino, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Agustín, Maldonado, Fillion...–; de la *inocencia* –(la creía inocente, sin saber explicarse lo ocurrido) –Jerónimo, Lagrange, Buzo...–, y de la *reverencia (quería retirarse porque en justicia no le correspondía la obra maravillosa que había obrado Dios sin su intervención, sintiéndose indigno)* –Efre, Eusebio, Salmerón, X. León Dufour, M. Kramer...–. Yo me adhiero, sin dudar, a esta última.

³⁶ A DIEZ MACHO, *Jesucristo “Único”. La singularidad de Jesucristo*. Ed. Fe Católica, Madrid 1976, 10. A esta misma idea apunta M. KRAMER, “*Die Menschwerdung Jesse Christi nach Mattäus*” (Mt 1), en *Biblica* 45 (1964) 48. “*Es Dios mismo el que engendra al Mesías, y lo da como hijo adoptivo a la casa de David*”. Este A. no subraya, sin embargo, la paternidad mesiánica de José por constitución divina.

³⁷ Se entiende según la carne, pues lo es según el espíritu en el sentido explicado.

³⁸ Cfr. A. DIAZ MACHO, *San José, padre de Cristo*, 61,62, del libro *La historicidad de los Evangelio de la Infancia. El entorno de Jesús*. Ed. Fe Católica, Madrid 1977.

3. LA TRINIDAD DE LA TIERRA, ICONO DE LA FAMILIA TRINITARIA Y CAMINO DE RETORNO SALVÍFICO A ELLA

La vocación de José a ser padre virginal y mesiánico de Jesús supera la de los Apóstoles, por su *relación directa con la constitución del orden hipostático*: con el misterio de la Encarnación redentora. Dios, en efecto, da la gracia proporcionada a la misión a la cual llama a cada uno en su plan salvífico. Para tan excelsa misión de esposo de la Madre de Dios y Padre Virginal y Mesiánico de Jesús recibió una inicial *plenitud de gracia* –en constante crecimiento, por la que correspondencia heroica hasta su dichosa muerte- superior a la de cualquier santo, incluidos San Juan Bautista y los Apóstoles, que puede ser calificada muy adecuadamente de *paternal*.

«Hay ciertos ministerios –escribe F. Suarez– que pertenecen precisamente al *orden de la gracia santificante*, y en este orden veo que los apóstoles llegaron a la cumbre más alta de la dignidad, y que en ella necesitaron dones de gracia (sobre todo de sabiduría y de gracia –*gratis data*–) superiores a los dones de los demás.

Pero hay otros ministerios rayanos con límites del *orden de la unión hipostática* (orden que de suyo es más perfecto, como en su lugar lo hemos dicho, tratando de la dignidad de la Madre de Dios), y en este orden está constituido, a mi ver, el ministerio de San José, bien que en él ocupa el puesto más bajo; y por esta parte aventaja a toda otra dignidad por hallarse en un orden superior».³⁹

De aquel orden hipostático redentor deriva el orden de la gracia santificante de las virtudes y dones, que participa de la plenitud de *gracia capital* de la Humanidad santísima del Señor –que brota de modo connatural de la *gracia de unión* (hipostática)–, indisociable de la *gracia maternal* de María y la *gracia paternal* de José, que participan de aquella de modo singular y único, capacitándoles para cooperar de manera activa e inmediata en la constitución teándrica del Verbo encarnado; y –“*operari sequitur esse*”–, en la consiguiente obra redentora de Cristo que culmina en la Cruz gloriosa, cuya irradiación salvífica edifica la Iglesia peregrina hasta la Parusía.

Estas consideraciones –que derivan del descubrimiento de la pertenencia de José al orden hipostático de la Encarnación redentora “*propter nos homines et propoter nostra salutem*”, implícita en la Escritura leída “in Ecclesia”– nos invitan a estudiar la singularidad de San José bajo *el principio fundamental que –así lo pienso– estructura mejor la reflexión teológica josefina*, que no es otra que *la circularidad “virtuosa”⁴⁰ de los Tres, jerárquicamente coimplicados en una unidad indisociable según un orden de dignidad*.

Este orden entre los Tres, formando una unidad indisoluble⁴¹ evoca analógicamente –como “trinidad de la tierra”⁴² *el orden (taxis) de las procesiones divinas* que constituyen la Familia divina Trinitaria (Dios es uno y único, pero no un solitario, sino una familia, como dice la “Fides

³⁹ F. SUAREZ, *De mysteriis vitae Christi in tertiam partem divi Thomae, tomus secundus* (Alcalá 1592) disp. VIII, Secc. I. Ed. castellana en BAC, Madrid 1948.

⁴⁰ Este concepto aparece referido por Juan Pablo II a las relaciones entre la fe y la razón en la Encíclica del mismo nombre.

⁴¹ Creo que estas reflexiones explicitan en perspectiva teológica discursiva la vivencia sapiencial de fe ilustrada por la luz infusa del Espíritu Santo de San Josemaría Escrivá, sobre la que tanto he reflexionado a lo largo de veinticinco años –los últimos de su vida– de constante trato paternofamiliar.

⁴² La analogía de origen patrístico entre la Trinidad y la Familia de Nazaret desarrollada por Pierre d’Ailly y Gerson fue popularizada por la teología polaca del S. XVII, en especial por B. Rosa (1676), que floreció en torno al célebre retablo milagroso del Santuario dedicado a San José en Kalisz, al que Juan XXIII ofreció su anillo papal para el dedo de San José, con ocasión de la apertura del Concilio Vaticano II. Juan Pablo II, coronó con triple corona como significando la realeza de los Tres.

Los orígenes de este analogía –metafórica, como es obvio– se remontan a San Agustín, que ya en el S. V hablaba de las “tríadas” celeste y terrestre. Cfr. C. M. DOUBLIER-VILLETTE, *Analyse d’un corpus iconographique médiéval sur Saint Joseph*, Actas del IX Simposio internacional sobre San José, Kevelaer, 26-IX-2005. vol. II, 814. Con motivo del 346º aniversario de la aparición de San José en Cotignac este A. ha publicado *La saga de Saint Ioseph*, Ed. FRDJ, 2006, que muestra una visión panorámica de dos milenios de obras de arte y de teología sobre el Santo Patriarca, de muy útil consulta.

Damasi”, pues hay Paternidad, hay Filiación y la esencia de la familia, que es el Amor). En Ella los Tres son *uni* por consustancialidad –coeternos y coiguales– *sin que haya “nihil maius vel minus, nihil prius vel posterius”* (“Símbolo quicumque”).

En la “*trinidad de la tierra*” se da, sin embargo, en el seno de la unidad, una jerárquica subordinación. Ahí está la *desemejanza* radical propia de la *analogía* (semejanza y desemejanza a la vez, de modo que esta última es superior a la semejanza) con la Trinidad del Cielo: en un orden jerárquico –según la inversión kenótica trinitaria respecto al orden de las procesiones divinas en la Trinidad del Cielo, de que habla Von Balthasar (Cfr. *Theologica* III, passim.)– *de mayor a menor en dignidad*, fundado en la participación (en una analogía de atribución intrínseca).⁴³ De la mediación capital de Cristo participan por derivación causal, las mediaciones materna y paterna de María y José; de modo tal que esta última deriva, a su vez, de la maternidad espiritual de la Inmaculada. *San José es hijo espiritual de su Esposa María, como Ella lo es también de Jesús (en expresión de Dante, Hija de su Hijo).*

En cuanto supo José que María era la Madre de Dios, se sometió más que nunca a la acción de la gracia maternal de su Esposa. Desde aquel momento, “*ex illa hora*”, José se hace discípulo de María, discípulo obedientísimo. Se convierte en hijo de María. La toma como lo hará San Juan, en todas las intimidades de su vida de santo, “*accepit eam in sua*” [la recibió en su casa]; la toma como madre de la vida divina en él, pues todo le llevaba al: “*¡ecce mater tua!*” [¡he aquí a tu Madre!], sobre todo después de que Jesús se escondiera dentro de Ella.

Toda la santidad de San José venía del corazón de María su esposa. Es precisamente esta santidad la que le permitió ser el Padre de la Sagrada Familia, ejercitar su autoridad, cumplir su sublime misión, olvidándose a sí mismo y abandonándose totalmente a la divina providencia. Es María quien le santificó. El esposo fue santificado por la santidad de su Esposa –la Inmaculada, “*llena da gracia*” por perfecta redención preservativa–⁴⁴ según la ley que proclamará San Pablo (cfr 1 Cor,7,14).. Todo, en él– su plenitud de gracia paternal–, viene de la plenitud de gracia maternal del Corazón Inmaculado de María. Como dice el Abad Ruperto:

“como a San Juan santificó Cristo por medio de la Madre que en las entrañas le llevaba, por medio de la misma Madre comunicó a San José, una gracia suma para poder sobrellevar con ánimo tan fuerte y prudente el peso de aquel tan divino negocio”.⁴⁵

El consentimiento el “fiat” de María a la Encarnación redentora de Verbo en su Seno, y el “silencioso” consentimiento subsiguiente de José –subordinado y dependiente del de su Esposa y Madre en el Espíritu– a acoger a la Madre y su Hijo en su casa y a imponerle el nombre de Jesús en la Circuncisión –que le constituyó padre virginal y mesiánico de Jesús, haciendo del santo Patriarca, como cabeza de la sagrada Familia, depositario del misterio escondido desde los siglos en Dios–, son los dos primeros actos de fe cristiana que inauguran la nueva alianza consumada en la Pascua. No son primeros sólo en el tiempo, sino principio activo y ejemplar –en tanto que asociados a la Redención adquisitiva del “Unus Mediator”– de todos los actos de fe que, de generación en generación, serán el fundamento de la vida sobrenatural de la Iglesia, edificada sobre la fe apostólica, hecha posible por el valor corredentor de la vida de fe de los Esposos de Nazaret.

⁴³ La analogía entre la Trinidad del Cielo y la de la tierra no es de atribución intrínseca, que funda una proporcionalidad propia entre los analogados, sino extrínseca metafísica, llamada también de proporcionalidad impropia, fundada en el dinamismo operativo. Por ej.: el comportamiento del león, como rey de la selva es proporcionalmente semejante al Mesías Rey, el “León de Judá” (Gn 49, 9), que todo lo somete a su señorío, como Rey de reyes y Señor de señores, y pone a todos sus enemigos debajo de sus pies (cfr. 1 Cor 15, 27; Dn 7, 17 ss). La Sagrada Escritura contiene multitud de metáforas y símbolos de este tipo, de gran fuerza significativa. Este “logos simbólico” –que nada tiene que ver con el mito de las religiones paganas– es complementario del “logos racional”. Cfr. mi *Filosofía de la religión*, Madrid, Palabra 2001.

⁴⁴ Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La mediación materna de María, esperanza ecuménica de la Iglesia. Hacia el Quinto dogma mariano.*, Ed. Arca de la Alianza, Madrid 2006.

⁴⁵ Cit. por F. SUAREZ, el Doctor eximio, o.c., 430.

La Iglesia –la familia de los hijos de Dios en Cristo, primogénito entre muchos hermanos–, es prolongación de la Familia de Nazaret constituida por aquellos primeros actos de fe de María –aurora del Sol de Justicia– y José, que trajeron al mundo la salvación. “Gracias Madre. Con esa palabra tuya –“Fiat”– nos has hecho hermanos de Dios y herederos de Cielo”. (Camino 345). Una análoga gratitud le es debida, sin duda, a José. De este tema tratamos a continuación.

4. PRESENCIA SALVÍFICA DE LA PATERNIDAD DE SANTO PATRIARCA EN LA DIMENSIÓN FAMILIAR CONSTITUTIVA DEL HOMBRE DAÑADA POR LA CAÍDA Y ADMIRABLEMENTE RESTAURADA POR CRISTO, CON LA COOPERACIÓN DE MARÍA Y JOSÉ.

4.1 Singular participación de San José en la obra redentora de Cristo.

Hasta ahora hemos tratado de los dos primeros pasos, de los cuatro que hemos distinguido, de la Teología sistemática de S. José: en el designio ab eterno de Dios (1) y su realización en el tiempo, en virtud de su vocación (2) a tener parte activa en la constitución del ser teándrico del Verbo encarnado Redentor en su casa y familia, llamada a acoger y educar a Jesús como su verdadero Padre Virginal y Mesiánico; en virtud de la cual recibió una plenitud de gracia paternal en constante crecimiento por su heroica correspondencia hasta el fin de su vida. Ahora nos incumbe estudiar su singular participación en la obra redentora -el obrar sigue al ser- que culmina en la Pascua del Señor (3) que se realiza progresivamente en la Iglesia peregrina hasta la Parusía (4).

La fe de María y José son el comienzo de la nueva y definitiva “alianza” consumada en el misterio pascual, que da origen a la Iglesia esposa de Cristo, nacida de su Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer del Protoevangelio -del Génesis y del Apocalipsis– que como nueva Eva, da a luz a la Iglesia.

Se cumple entonces, de modo pleno, la profecía de Simeón (Lc 2,35) -una espada atravesará su alma- cuando la vemos llena de fortaleza de pie junto a la Cruz de su Hijo (cf. Jn 19,25). También José, que había ofrecido su vida en unión con la muerte redentora de su Hijo -que conoció sin duda-, participó en todo el proceso redentivo que culmina en el Calvario, con su misteriosa presencia en él, inseparablemente unido a su Hijo y a su Esposa virginales.⁴⁶ *La pareja del umbral del nuevo Testamento -según la antigua tradición que se remonta a San Ireneo- anula la fuente del mal -destructora de la familia- que inunda el mundo por el pecado de la primera pareja en el progresivo establecimiento de la Familia de Dios -Familia de familias-, que tuvo sus orígenes en los humildes comienzos del hogar de Nazaret, “que contenía los principios de la Iglesia naciente” (León XIII, “Quamquam pluries”, cit).⁴⁷*

⁴⁶ José conoció y vivió anticipadamente el drama de la pasión desde los primeros misterios de la infancia de Jesús. Y acepta la parte que le corresponde en él, que fue precisamente sufrida en su corazón, a la vez que preparaba la víctima y compadecía a nuestra Madre dolorosa. El no asistir a él fue quizá uno de sus grandes dolores. Pero aceptó siempre los planes divinos de la Providencia. Y cuando Dios dio por cumplida su misión en la tierra, salió silenciosamente, inmolando su vida por la regeneración del mundo.

Por eso Juan Pablo II dice en la exhortación Redemptoris Custos, que “*si bien el camino de la peregrinación en la fe (de san José) concluyó antes*” de la Cruz del Gólgota y los acontecimientos pascuales, pues le fueron confiados a su fiel custodia los misterios salvíficos de la vida oculta de Jesús “*sigue (después de su muerte) en la misma dirección*”; *es decir, proyectándose intencionalmente más allá de los primeros misterios de salvación, hasta el Calvario, como depositario singular del misterio de salvación (en su integridad) escondido desde los siglos en Dios (Ef. 39), cuyo vértice es, al llegar la plenitud de los tiempos, la encarnación redentora consumada en el misterio pascual (Cfr. RC 6).*

⁴⁷ La tipología antitética de ambas parejas comienza con S. IRENEO, Adversus Haerases, IV, 23, 64, 1048.

Junto con la asunción de la humanidad -en solidaridad con todos los hombres, cuando al encanto de las palabras virginales el Verbo se hizo carne y “plantó su tienda entre nosotros”-, en Cristo está también «*asumido*» -*para redimirlo*, con su amor obediente desde el “ecce venio” de su ingreso en este mundo, hasta la muerte de Cruz- todo lo que es humano, en particular, *la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra (Cf. RC 21), constitutiva de la persona humana*, que es la que estudiamos aquí monográficamente.

*El hombre, en efecto, en cuanto creado a imagen de Dios, tiene estructura familiar, que refleja la gloria de Dios como su imagen creada, que es el fundamento de su dignidad personal. “Nuestro Dios en su misterio más íntimo, no es soledad es Uno y Único, pero no un solitario; sino una familia, puesto que “hay en Él paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor”.*⁴⁸

La imagen de Dios en el hombre no se realizó sólo –según insistía de modo recurrente Juan Pablo II en su catequesis– en su momento de soledad como persona inteligente y libre, sino sobre todo en su capacidad de amar, que le lleva a vivir en comunión. Solo realiza su esencia en plenitud existiendo, con otros y para otros, en una relación de don recíproco que comienza en la unión matrimonial. María y José viven la más plena comunión de de personas en su unión matrimonial virginal, como la más perfecta y más profunda imagen de Dios en el ser humano. El amor esponsal de ambos es pleno. En ellos no se ejercita la dimensión generativa, pero la dimensión de comunión se cumple de modo insospechado, ordenada a la educación de su humanidad, preparándole para su misión redentora, que culmina en el holocausto del Calvario.⁴⁹

La dimensión familiar del hombre asumida en la Encarnación redentora del Verbo por obra del Espíritu Santo tiene una estructura dual: esponsalidad y potencial fecundidad (paterna y materna) (b), con su prolongación natural en la educación (c). Comencemos por la primera.

a. Esponsalidad

El virginal vínculo de amor que ya existió desde los desposorios, ya orientados por inspiración del Espíritu Santo a una unión virginal (así lo confirman -entre otros-, los escritos inspirados de la sierva de Dios Madre María Cecilia Baij), fue asumido por el misterio de la Encarnación. Cuando José estaba pensando en retirarse para no estorbar el misterio, en las palabras

⁴⁸ JUAN PABLO II, Homilía, 28-05-1979, en *Insegnamenti*, II (1979), 182.

⁴⁹ Blanca CASTILLA CORTÁZAR se pregunta, si el Hijo de Dios asume -en la primera creación- una humanidad masculina ¿cómo explicar desde Él la estructura esponsal completa? “La respuesta habría que hallarla teniendo en cuenta que la Encarnación se realiza en el seno de una familia donde un varón y una mujer <<realizan>> en plena “libertad” el “don esponsal” de sí (cfr. RC 7), al acoger y expresar el amor, cuyo fruto es nada menos que el Hijo de Dios”. José y María son asumidos por su Hijo en orden a la redención de la familia, dañada por la prevaricación de la pareja de los orígenes, con la cooperación de la pareja antitética del umbral del Nuevo Testamento, de la tipología de S. Ireneo, recordada por Pablo VI en su alocución a los equipos de Notre dame.

“José y María son la segunda creación que realiza la plenitud de la identidad masculina y femenina en reciprocidad... En la lógica de la entrega sincera, donde cada uno pone al servicio del otro y los dos al de la misión común. Y lo hace de un modo llamativo, pues la paternidad se esconde tras la maternidad, como para remediar visiblemente la profecía divina del Génesis 3: “El te dominará”. En María y José es como si Dios volviera a empezar para dar una segunda oportunidad a la humanidad. En ellos se podría ver una nueva versión de Adán y Eva redimidos, siendo su Hijo también nuevo Adán pero en otro sentido, en cuanto Redentor. La familia de Nazareth viene a ser una singularísima *imago de la familia de la Trinidad*, ya que una de las personas, el Hijo, forma parte de las dos”. (Ponencia de A. al Congreso del Pontificio consejo para laicos sobre la “Mulieris dignitatem”. *Actas*, de próxima publicación).

Sobre la complementariedad de ambas tipologías antitéticas con la pareja originaria, véase mi estudio *La Hija de Sión*, en *Actas del Congreso Mariológico de Barcelona (X-2007)*, *María, Mujer*, 91-102.

del Ángel en la anunciación vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación, que confirma el vínculo esponsal. (Cfr. RC 19).

Aquel vínculo de caridad que ya existía desde los desposorios, fue confirmado en toda su fuerza y perfección cuando se le pidió renovar el sí del misterio de la Encarnación, tal y como estaba previsto en los designios de Dios. Su amor esponsal a María fue asumido al servicio de los designios salvíficos constituyéndole en cabeza del santuario del amor del hogar familiar de Nazaret, que debía acoger a Jesús para prepararle a su misión redentora bajo la guía de José, como su padre virginal y mesiánico.

Como observa C. Cafarra, la destrucción causada por el pecado en el cuerpo y la sexualidad humana consiste en la desintegración de éstos y la persona humana en cuanto tal, en su «degradación» a meros objetos susceptibles de cualquier uso.

«La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad han venido por medio de Jesucristo». En esta «gracia y verdad», venidas solo a través de Cristo, la corporeidad y la sexualidad humanas son redimidas y pueden, en consecuencia, ser reconducidas a la obediencia de aquella ley prevista «al principio»,⁵⁰ con la cooperación de María y José, la pareja del umbral del nuevo Testamento, por medio de la cual la santidad de esparce por toda la tierra, anulando la fuente del mal –destructora de la familia- que inunda el mundo por el pecado de la primera pareja (S. Ireneo, cit. en RC, 7).

b. Paternidad.

Es esta segunda dimensión indisociable de la anterior, el objeto inmediato de nuestro estudio. Por eso le dedicamos más atención (con su prolongación natural en el proceso educativo de la prole).

“La Familia de Nazaret -Dice Juan Pablo II en la *Redemptoris Custos*-, inserta directamente en el misterio de la Encarnación, constituye un misterio especial. En esta Familia José es el padre; no es una paternidad derivada de la generación; y sin embargo, no es «aparente» o solamente «sustitutiva», sino que posee plenamente la autenticidad de la paternidad humana y de la misión paterna en la familia. En ello está contenida una consecuencia de la unión hipostática: la humanidad asumida en la unidad de la Persona divina del Verbo–Hijo, Jesucristo. *En este contexto está también «asumida» la paternidad humana de José*” (RC 21).

El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que les une: «A raíz de aquel matrimonio fiel ambos *mecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre, ambos por medio de la mente, no de la carne*» (RC 7).

Con la potestad paterna sobre Jesús, Dios ha otorgado también a José el amor correspondiente, aquel amor que tiene su fuente en el Padre, «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef 3, 15).

San José tuvo para Jesús verdaderos sentimientos de padre; la gracia encendió en aquel corazón bien dispuesto y preparado un amor ardiente hacia el Hijo de Dios y hacia su esposa, mayor que si se hubiera tratado de un hijo por naturaleza. José cuidó de Jesús amándole como a su hijo y adorándole como a su Dios.

Amaba a Jesús como si realmente lo hubiera engendrado, como un don misterioso de Dios otorgado a su pobre vida humana. Le consagró sin reservas sus fuerzas, su tiempo, sus inquietudes,

⁵⁰ Según Sto. Tomás “Si no fuese por el fomes no se alabaría la virginidad por encima de la paternidad que hace al hombre más semejante a Dios en cuanto el hombre mediante ella procede del hombre como Dios de Dios por origen natural y vital”. S. Th., I, 93, 3c. Cfr. C. CAFARRA, *Sexualidad a la luz de la antropología y de la Biblia*, Madrid, 3ª ed. 1992, 45 ss

sus cuidados. No esperaba otra recompensa que poder vivir cada vez mejor esta entrega de su vida. Su amor era a la vez dulce y fuerte, tranquilo y ferviente, emotivo y tierno. Podemos representárnoslo tomado al Niño en sus brazos, meciéndole con canciones, acunándole para que duerma, fabricándole pequeños juguetes, prodigándole sus caricias como actos de adoración y testimonio más profundo de afecto.⁵¹ Constantemente vivió sorprendido de que el Hijo de Dios hubiera querido ser también su hijo. José amó a Jesús como un padre ama a su hijo, le trató dándole todo lo mejor que tenía. José, cuidando de aquel niño, como le había sido ordenado, hizo de Jesús un artesano: le transmitió su oficio.

c. Educación

“Con María José estaba destinado —escribe J. Galot— a ofrecer al Niño, para su crecimiento, el cuadro de una vida familiar”, santuario del amor y cuna de la vida que acoge para su crecimiento y educación. “Según el designio del Padre, que había decretado que la Encarnación se habría de cumplir por medio de una generación virginal, no era suficiente que el Niño tuviera únicamente junto a sí, para su desarrollo, la presencia de una madre. Un crecimiento armonioso tiene necesidad del influjo de un padre y de la madre (en íntima comunión de amor). Cuando este influjo conjunto no es posible, el niño no dispone del ambiente familiar necesario para su desarrollo equilibrado”.⁵² Era precisa la influencia educadora no sólo de una madre, sino también de “aquél que a sus ojos representaba más especialmente al Padre celestial, que le había enviado para ser acogido en su familia bajo su autoridad y su amor paterno”.

Jesús veía en su padre José la sombra de la gloria del Padre, su Icono transparente. Bossuet los expresa elocuentemente: “¿De donde le viene la audacia para mandar a su Creador? De que el auténtico Padre de Jesucristo, el Dios que lo ha engendrado desde la eternidad, habiendo elegido a José para hacer de padre de su único Hijo en el tiempo, le ha iluminado con un resplandor, con una chispa del amor infinito que siente por su Hijo”.⁵³

“Jesús se debía parecer a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter, en la manera de hablar. En el realismo de Jesús, en su espíritu de observación, en su modo de sentarse a la mesa y de partir el pan, en su gusto por exponer la doctrina de una manera concreta, tomando ejemplo de las cosas de la vida ordinaria, se refleja lo que ha sido la infancia y la juventud de Jesús y, por tanto, su trato con José.”⁵⁴

En él Jesús podía reconocer una perfecta imagen de Padre. He aquí la grandeza de José: a los ojos de Jesús, en el cuadro de una existencia humana muy ordinaria, él era su “abba” (papá, como sin duda le llamaba): representaba el rostro invisible del Padre. De tal modo que José no ha contribuido sólo al desarrollo humano del Niño de Nazaret, sino que le ha ayudado a comportarse como el Hijo del Padre,⁵⁵ que le había enviado como Redentor al hogar de José, para que lo educara, preparándolo para su misión redentora hasta la inmolación en el Calvario, en amorosa obediencia (“ex caritate et obedientia”) a la voluntad del Padre que le había enviado para nuestra salvación, desde el “he aquí que vengo” de su ingreso en este mundo, hasta el “todo está consumado” en su muerte en la Cruz, trono triunfal de su Realeza.

Esta cooperación de S. José —en unión con María su esposa en la educación de Cristo— Cabeza de la Iglesia, forma parte de su participación como Corredentor en la Redención del

⁵¹ Cfr. M. GASNIER, *Los silencios de San José*, Palabra, 5ª ed, Madrid 1988, 137–138.

⁵² J. GALOT, *Giuseppe, l'educatore*, en *Gesù nuovo*, Napoles (Marzo—Abril 1995, 74).

⁵³ Sermón sobre San José de 1661.

⁵⁴ San JOSEMARÍA E., *Es Cristo que pasa*, 55,56.

⁵⁵ J. GALOT, *Padre ed educatore*, Osservatore Romano, 19–III–2005, 8.

hombre, que comienza en Nazaret y llega a su culminación en el Calvario, en una de sus dimensiones esenciales.

El Redentor salva al hombre asumiendo las dimensiones esenciales de la condición humana (“lo que no ha sido asumido no ha sido redimido”, según la sentencia patristica). Entre ellas, su condición tempórea e histórica, por la que está llamado a crecer en madurez humana y sobrenatural, contando con el tiempo; o su dominio cuasicreador sobre el cosmos infrahumano por la actividad laboral, científica y técnico artística.

Este es el fundamento del valor soteriológico –ejemplar y efectivo– del Patriarca de la familia de Nazaret, esposo de María, y –en unión con Ella–, educador de Jesús nuestro Cabeza, en la función educativa de la familia cristiana, en el seno de la Iglesia, Familia de familias.

La irradiación salvífica de San José, *siempre inseparablemente unido al Redentor y a la Corredentora*, se prolonga a lo largo del tiempo y del espacio en la educación de los miembros de su Cuerpo místico en orden a la regeneración de la familia; especialmente en este tiempo de dimisión de la función paterna que Paul Josef Cordes califica de “eclipse del padre”, que deja un vacío de orfandad que se encuentra en la raíz del actual desequilibrio personal y social.⁵⁶

José fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia. Si estuvo indisociablemente unido con su Hijo y Esposa virginales en la Redención objetiva, desde los inicios de Nazaret –semilla de la Iglesia nacida en la “hora de Jesús” (Jn 12, 23; 13,1)– hasta el Calvario, es lógico también que proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio en la aplicación de sus frutos salvíficos en la Redención subjetiva, que se realiza en el tiempo de la Iglesia nacida del costado abierto de los tres Corazones unidos de la trinidad de la tierra, hasta la Parusía, tanto a los vivos como a los difuntos que se purifican en el purgatorio. A la Iglesia de Cristo, San Josemaría la veía como la familia de los hijos de Dios, prolongación de la Familia de Nazaret. “A esa familia pertenecemos”, repetía de continuo.⁵⁷

«Quiero que vosotros y yo formemos parte de esa familia de Nazaret», la familia predestinada a acoger en la historia al Redentor. De esa familia humana de la que formó parte Dios Hijo formamos parte todos los cristianos –porque el Bautismo nos ha hecho hijos de Dios en Jesucristo, primogénito entre muchos hermanos>>. Y Él y nosotros somos el Cristo total, según la expresión definitiva de San Agustín. San José entonces tendrá para nosotros –en el orden místico, sacramental, de las mediaciones eclesiales–, las mismas relaciones que tuvo con Jesús. Es nuestro Padre y Señor, cabeza de la Familia de Dios, Familia de Familias, en la que fructifica, por obra del Espíritu que brota del Costado abierto de Cristo en la Cruz gloriosa, la semilla de la Familia de Nazaret. *A esa familia pertenecemos: “la casa de José”*. (Cfr. LMH, 56)

San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre, hasta su ingreso en el cielo. Se trata, pues, de la presencia salvífica que ejerce sobre la Iglesia que vive de la Eucaristía, en la que San Josemaría creyó descubrir una misteriosa (inefable) presencia, por la inseparabilidad de los Tres en el ser y en el obrar salvíficos a favor de los hombres.⁵⁸

⁵⁶ P. J. CORDES, *L'eclisse del padre, un grido*. Milano 2002, 52. También son de un gran interés las reflexiones que hace Guillermo SPIRITO, O. F. M. en “Una presenza di la Paternità per l'uomo postmoderno”, vol. II de *Actas del IX simposio internacional sw San José*, en Kevelaer, cit (980–1001). Cfr. también Frère EPHRAÏM, *Giuseppe di Nazaret. Il misterio del padre*, Ancona 1998, que estudia, *en este contexto, el que califica el más grande de los males de la postmodernidad: el rechazo de llegar a ser adultos; es decir, asumir la responsabilidad de la paternidad, sea biológica, sea espiritual*.

⁵⁷ León XIII, Carta Encicl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): l.c., pp. 177–179.

⁵⁸ Como dice Juan Pablo II en el capítulo final de la última de sus encíclicas (n. 16), *Ecclesia de Eucharistia*: María es cooferente –a lo largo de toda su vida corredentora, que culmina en el supremo desgarramiento de su Corazón en la Pasión– del

El patrocinio de San José sobre la Iglesia es, pues, la prolongación del que él ejerció sobre Jesucristo, Cabeza de la misma, y sobre María, Madre de la Iglesia en el hogar de su casa, como cabeza de la Sagrada Familia de Nazaret, que el Magisterio de los Papas, desde el beato Pío IX, siempre ha señalado como la célula o semilla de la Iglesia nacida del Costado abierto de Cristo en la Cruz gloriosa, que quiso asociar en su triunfo sobre el príncipe de este mundo a su Madre y a su Padre virginales. Por esta razón fue declarado *Patrono universal de la Iglesia*. “Esta declaración fue hecha en momentos difíciles por los que pasaba nuestra Madre la Iglesia, circunstancias y motivos que hoy subsisten”.⁵⁹

La Iglesia busca en San José el mismo apoyo, la fortaleza, la defensa y la paz que supo proporcionar a la Sagrada Familia de Nazaret⁶⁰, que fue como el germen en que ya se encontraba contenida toda la Iglesia.

Los papas han alentado siempre -recuérdese- esta devoción a San José.⁶¹ Aquella casa de Nazaret, que José gobernaba con potestad paterna, contenía los principios de la naciente Iglesia. Conviene, pues, que José, así «como en otro tiempo cuidó santamente de la Familia de Nazaret en todas sus necesidades, así ahora defienda y proteja con celestial patrocinio a la Iglesia de Cristo».⁶²

El patrocinio de San José se extiende a la Iglesia universal militante y purgante de todos los tiempos y en todas y cada una de sus necesidades, sin excepción, pues es Corredentor universal y Mediador paternal –en indisoluble unión con su Hijo Virginal, el Mediador Capital y su Esposa y Madre espiritual la Mediadora maternal –en la jerárquica subordinación de la trinidad de la tierra–, de la dispensación del tesoro redentivo que ha contribuido a adquirir para nosotros.⁶³

José, Padre de Cristo, es también tu Padre y tu Señor. Acude a él.⁶⁴

sacrificio de Cristo y de su propia compasión. La Santa Misa, renovación sacramental del sacrificio del Calvario a lo largo del tiempo y del espacio para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia –en el orden de la redención subjetiva–, incluye, por tanto, la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán –de manera única (“prorsus singularis” LG 61) en la restauración de la vida sobrenatural, en el orden de la redención adquisitiva.

No se trata, obviamente, de una presencia por transubstanciación, sino por inseparabilidad en la oblación sacrificial de los Corazones unidos del Corredentor y la Corredentora, “*Cor unum et anima una*”. *E incluso –en el fundador del Opus Dei– de S. José –en tanto que pertenece también al orden hipostático.*

«Siempre, cuando venimos a verte, ahincar las rodillas en tierra, tenemos la pena de estar poco tiempo cerca de Ti; y agradecemos a ese coro de Ángeles que hay en torno tuyo que te hagan la corte. «Pero en estos últimos tiempos, el Señor me ha hecho ver más. Me ha mostrado, piadosamente, que, de alguna manera inefable, a Él –inerte, mucho más inerte que en la cuna de Belén– María y José no le dejan. Alguna presencia hay de la Madre de Dios y del que hizo las veces de padre. ¡Cerca de Ti están! ¡Cerca de nosotros! ¡Yo les agradezco la compañía que te hacen! Y no puedo separar la Hostia de la Sagrada Familia, de esa Familia de Nazaret que me enamora, que me entusiasma, que es como el corazón de la familia del Opus Dei».

Esta singular presencia de María y José en la Eucaristía, que calificaba de “inefable”, podría explicarse teniendo en cuenta esta indisociable inseparabilidad de la trinidad de la tierra en todas y cada una de las fases de la obra redentora, tanto objetiva –exclusiva de los Tres que concurren en la constitución del orden hipostático redentor hasta el Calvario– como subjetiva –hasta la Parusía–, aplicando a Ella la doctrina de Sto. Tomás sobre la necesaria concomitancia –natural o sobrenatural– con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote, que acontece “vi verborum” (por la fuerza de las palabras de la doble transustanciación del pan y del vino). El Aquinatense hace referencia solo a la indisociable inseparabilidad en Cristo glorioso presente en ambas especies en la integridad de su cuerpo, sangre, alma, su Humanidad, unida hipostáticamente a la divinidad del Verbo que se encarna para redimirnos en María. Pero puede extenderse, obviamente, también a la Madre y al Padre Virginal del Redentor, por la pertenencia indisociable de los Tres al orden hipostático en el ser y en el obrar salvífico, si bien de modo diverso en cada uno de ellos. Cfr. mi teología de *San José, nuestro Padre y Señor*, cit., 196-201.

⁵⁹ Cfr. JUAN PABLO II, *Exhort Apost. Redemptoris Custos* 15–VIII–1989, 31.

⁶⁰ Cfr. E. S. GIBERT, *San José, un hombre para Dios*, Balmes, Barcelona 1972, 175.

⁶¹ San PÍO X, *Carta al Cardenal Lepicier*, II–II1908; BENEDICTO xv, *Breve Bonum sane*, 25–VII–1920; Pío VI, *Discurso*, 21–IV–1926.

⁶² LEÓN XIII, Enc. *Quamquam pluries*, 15–VIII–1889. “Es, por tanto –concluye Juan Pablo II después de citar ese pasaje de León XIII – conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con todo su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo” (RC, 28).

⁶³ Suele señalarse de modo más particular su piadoso influjo en las almas que aspiran a la santidad en medio del trabajo ordinario, en las familias cristianas y en los que se encuentran próximos a dejar este mundo camino a la Casa del Padre. F. Fz. CARVAJAL, *Hablar con Dios*, t. VI, 212–3.

⁶⁴ Camino, 559.

Por eso debemos acudir siempre a él, pero de modo particular cuando veamos que es más atacada, menospreciada, cuando se la quiere arrinconar fuera de la vida pública, y se intenta volverla inoperante en las vidas de los hombres; vidas que debe iluminar y conducir hasta Dios.⁶⁵

4.2. Presencia salvífica de San José, Padre y Señor del Pueblo de Dios en la nueva evangelización de la sociedad postmoderna.

Es en nuestro tiempo, calificado por Juan Pablo II en la exhortación “Iglesia en Europa”, de apostasía silenciosa, de disolución de la familia, a la que tanto contribuye el relativismo nihilista de la cultura dominante del pensamiento débil, denunciado con especial insistencia desde comienzos de su pontificado por S.S. Benedicto XVI, cuando todo parece indicar que Dios quiere poner en primer plano, como remedio, al humilde artesano, cabeza de la Familia de Nazaret.

Aquél al que la Iglesia invoca en las letanías dedicadas a él como “terror de los demonios”, protagonista de los inicios de la Iglesia naciente, en las primicias de la Redención, como Cabeza de la Familia de Nazaret, ha recibido de la Providencia salvífica de Dios la misión de intervenir en la Iglesia, el Cuerpo místico de su Hijo virginal –de la que también es Padre y Señor–; y de modo especial en *la urgente tarea pastoral de regeneración de la familia, insidiosamente atacada en la actual cultura relativista post-moderna.*

La antigua serpiente quiere destruir la Iglesia –“Familia de familias”, cada una de las cuales está llamada a ser una iglesia doméstica, prefigurada por la Familia de Nazaret– arrancando *a los sacerdotes* del altar del Sacrificio, del que vive la Iglesia, para dedicarse a tareas más bien propias de asistentes sociales; *a la mujer* –esposa y madre– del corazón de hogar; y *al varón* –esposo y cabeza de familia– haciéndole desistir de su autoridad paterna que debe ejercer en armonía e íntima comunión con su esposa, a imitación de José, como Cabeza de familia. Cordes ha señalado en un conocido escrito del “eclipse del padre” –a todos los niveles: biológico, espiritual y eclesial– como uno de los factores clave del deterioro caótico de la sociedad civil y eclesiástica.

El que fue para Jesús “icono y sombra” del Padre, en el hogar familiar de Nazaret; semilla de la Iglesia, quiere Dios que lo sea también para la humanidad de todos los tiempos. Pero de modo especial en la tarea urgente de la nueva evangelización de nuestra sociedad postmoderna, a que nos convoca el Sucesor de Pedro,⁶⁶ para que recupere el sentido de la dignidad excelsa de su Filiación al Padre, en la fraternidad –la Familia– de los hijos de Dios en Cristo, que es la Iglesia. Para que así sea es decisiva la experiencia de la paternidad humana en todas sus dimensiones, que deriva y participa de la Paternidad de Dios, de la que es imagen creada, desfigurada por el pecado ha sido regenerada por Cristo según el modelo arquetípico ejemplar y eficientemente activo de San José, Padre del Cristo total, Cabeza y miembros. Su paternidad en el hogar familiar de Nazaret, participación y reflejo de la de Dios, sigue activa en la Iglesia. Son cada día más numerosas las señales de su discreta presencia paternal, inseparable siempre de la maternidad de María. Ambas están llamadas a regenerar, madurar, sanar y hacer crecer al hombre actual liberándolo de sus “angustias”, ayudándole con su doble e inseparable mediación materna y paterna –en sinergia con el Espíritu Santo, fruto de la Cruz Redentora de Cristo, “Señor y dador de vida”–, a conquistar la “libertad” y dignidad de hijos de Dios.

La paternidad, reflejo y participación de la Paternidad divina inaugurada por Abraham, en José –llamado por los padres de la Iglesia “luz de los Patriarcas”– llega a su punto culminante.

⁶⁵ F. Fz. CARVAJAL, *Ibid*, 214.

⁶⁶ Guillermo SPIRITO, *Una presenza de paternità per l'uomo postmoderno*, en Actas del IX Simposio sobre San José, Kevelaer 2006, vol. II, 999.

Es la suya una paternidad que no se pone por delante, sino que por el contrario sabe ocultarse y como desaparecer para que emerja la personalidad del hijo, ayudándole a encontrar su propia identidad y misión. Así debe ser toda paternidad, sea biológica, intelectual o espiritual. Su función no debe ser otra que liberar a los hijos de sus miedos, sus bloqueos, sus tentaciones, sus odios, para abrir a cada uno de ellos –a ese “ser único” e irrepetible que es cada ser personal– la puerta de la confianza, de la fecundidad, de la libertad y del amor, para que sea plenamente hijo –o hija– de Dios, responsable de su vida; ayudándole de este modo a ser el (o ella) mismo, según el designio único e irrepetible que tiene Dios para cada persona. Solo el amor liberador puede ayudarle a ser el (ella) mismo. Mas para ello es preciso recibir de Dios, con la misión paternal, una fuerza como la de la fe de Abraham con la humilde disponibilidad de José de Nazaret.

El hombre y la mujer están llamados en el seno de la familia –en todos los niveles, no sólo el biológico-, de la paternidad y la maternidad, como María y José, a participar del “providente” amor –paterno y materno a la vez (cfr. CEC 231)-, de Dios Padre. El camino para que así sea pasa por el empeño en ser buenos hijos de María –“nadie tiene a Dios por Padre, si no tiene a María por Madre”– y de José, “nuestro Padre y Señor”; frecuentando el trato con la *trinidad de la tierra, Jesús, María y José*, misteriosa e indisolublemente unidos en el plan salvífico de Dios: *imagen perfecta de la Trinidad del Cielo y camino de retorno hacia Ella*.

CONCLUSIÓN

Al cabo de veinte siglos San José se manifiesta discretamente, pero continuamente -de manera ejemplar (*como modelo*) y eficiente (*como guía y educador*)- en la Iglesia y en el mundo, siempre en la indisoluble unión con su Hijo y su Esposa virginales, en la jerárquica subordinación de la trinidad de la tierra. El acompaña el nacimiento y el crecimiento, siempre tan misterioso de su Hijo en la humanidad, por mediación de la Iglesia. De este acompañamiento misterioso de San José, especialmente tangible en nuestros días –del que quien escribe estas líneas ha tenido experiencia directa en la vivencia sapiencial de San Josemaría E., cuyo gran influjo en miles de personas es de sobra conocido-⁶⁷ es especialmente significativa la experiencia impresionante del *hermano Andrés* humilde hermano lego de la Congregación de la Santa Cruz, que fue instrumento providencial en la construcción del mayor santuario de San José del mundo, en Montreal (Canadá), que tantos frutos de conversión y renovación de la vida cristiana está dando.⁶⁸ Todo este movimiento espiritual que comenzó en el siglo XX, “florece, fructifica, se difunde a través del “Oratoire””: como un río de agua viva que no cesa de irrigar.

⁶⁷ Cfr. entre otros testimonios sobre este influjo en la Iglesia de San Josemaría en propagar la devoción al Santo Patriarca, Leon CRISTIANI, *San José, Patrono de la Iglesia universal*, Madrid 1978, 170 ss. Más adelante (3-2, 220 ss) describe el A. un elenco de las Congregaciones religiosas josefinas masculinas y femeninas. En el Congreso de Kevelaer sobre San José de 2005 se dieron numerosos testimonios conmovedores de esta presencia de San José en nuestro tiempo, que aparecen recogidos en los dos tomos de las Actas.

⁶⁸ F. DERROY—PINEAU, *L'étrange destin d'Alfred Basette*, Quebec, 20047, 141. “Es algo que sorprende y conmociona el hecho de que frère André es simplemente un mediador porque es San José quien quiere que se construya un santuario, en otros términos. José se muestra como una persona viviente, identificado, con deseos, reacciones, iniciativas: toda su experiencia apunta hacia una persona existente, “no configurada” por el proyecto, ni como recuerdo del pasado, sino como presente actualmente, que interacciona con el mundo material visible... Cfr. G. SPIRITO, *Una presenza de paternità*, cit, 999, que refiere también la experiencia del Hno. CRISTOPHE, uno de los tres monjes martirizados en Argelia, y del fundador de la comunidad del Arca, Jean Vanier, entre otros interesantes testimonios sobre el Frère André de Montreal. Son también de especial interés los que dio en el Simposio de Kevelar del 2005 el superior general de los Misioneros de San José del Padre VILASECA sobre la presencia especial de San José en México, de la que es patrono desde la primera evangelización, o el P. Franco VERRI, de los Josefinos de MURIARDO.

De la misteriosa presencia salvífica de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José⁶⁹ en el misterio eucarístico, brota el agua viva del Espíritu Santo, del que vive la Iglesia peregrina, como sacramento y arca universal de salvación,⁷⁰ en la progresiva edificación del Reino de Dios, que “todo lo atrae hacia Sí” (Jn 12, 32), desde el trono triunfal de la Cruz gloriosa, salvíficamente presente en su renovación sacramental eucarística, hasta la Parusía, cuando vuelva a entregar su Reino al Padre, después de haber puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies (Cfr. 1 Co 15, 23ss).

José es como una presencia de paternidad para el mundo postmoderno en el que urge la reconstrucción de la humanidad perdida. Esta tarea reclama urgentemente la recuperación del designio original de Dios sobre la familia, admirablemente restaurada por Cristo Redentor, nuevo Adán, que quiso asociar en su obrar salvífico a su Madre -nueva Eva- y a José, su padre virginal y mesiánico. Esa restauración del plan originario de Dios precisa, como elemento fundamental, la recuperación de la capacidad perceptiva de la dignidad inconmensurable de ser hijos de Dios Padre, a través de la experiencia de la paternidad sobre Jesús y sobre nosotros de José, el icono de la paternidad de Dios Padre “de quién procede toda familia en el cielo y en la tierra”, que quiere hacer partícipes a los hombres de su amor -paterno y materno-⁷¹ en el santuario del amor y cuna de la vida que está llamado a ser el hogar familiar, para que refleje la luz y el calor de la casa de José, nuestro Padre y Señor.

Nada mejor para concluir mi intervención que repetir, en confiada petición al Padre y Señor de la Iglesia, la plegaria de León XIII, que recomendaba Juan Pablo II en su exhortación Apostólica “Redemptoris Custos”, escrita en el centenario de la gran encíclica de su predecesor “*quam quam pluries*”, la más doctrinal y conocida de las numerosas que escribió sobre el Santo Patriarca:

⁶⁹ La devoción a los “tres Corazones” unidos de Jesús, María y José comenzó en Portugal y Brasil (1733) y floreció especialmente en México. A mediados del S. XVIII fue propagada en Francia, España e Italia por el Carmelita descalzo P. ELÍAS DE LOS TRES CORAZONES. Tras la aprobación de Gregorio XVI (el 28-IV-1843) esta devoción se extendió mucho en Europa y América, impulsada por F. L. FILAS, S.I., y por buen número de notables eclesiásticos. Cfr. T. STRAMARE, “Storia della devozione al cuore di San Giuseppe”, *Rabor*, 51; 2 (1997). Publicado en español en *Estudios Josefinos* 50, n° 100 (Julio-Diciembre 1996) 179-194. El Padre Stramare, gran josefinólogo –al que agradezco tantas sugerencias de su gran magisterio teológico sobre el Santo Patriarca– ha sido uno de los principales colaboradores de Juan Pablo II en la preparación de la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* que puede leerse al final de este libro.

A partir de 1873 la S. C. de Ritos prohibió su culto público en varias ocasiones sin pronunciarse sobre sus fundamentos teológicos, que –como ocurrió con el culto a los Corazones de Jesús, y más tarde, de María, o con el de la Divina Misericordia (Sta. Faustina), o el Amor misericordioso (Madre Esperanza Alhama, p.ej.)– tardó en reconocer su plena validez y comenzó sólo a permitirse, sin fomentar su culto.

El Espíritu Santo, recuérdese, ha conducido poco a poco hacia la verdad completa (Jn 16, 13) consignada en la Revelación de modo implícito. Actualmente hay asociaciones de fieles (en los Ángeles –U.S.A– p. ej., con el beneplácito episcopal), que difunden esta devoción. Los últimos Papas (Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y sobre todo Juan Pablo II), sin levantar expresamente las medidas restrictivas respecto a su culto público, se refieren en su magisterio al Corazón de José –indisociablemente unido a los de María y Jesús– en la obra de la Salvación.

Puede consultarse –para conocer el *status quaestionis* sobre este tema– el estudio de Mons. Arthur B. CALKINS, *The cultus of the Heart of St. Joseph. An Inquiry into the Status Quaestionis*. “Akten des IX Internationalen des hl. Joseph” 28-IX bis 2-X-2005, Kevelaer, Deutschland, Band II, 937-951. Recoge el A. exhaustivamente las citas sobre el Corazón de San José de los últimos pontífices, especialmente significativas en Juan XXIII y en las –más numerosas– de Juan Pablo II, incluso en documentos de especial relevancia como *Familiaris Consortio* (1891) y la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* (nn. 8, 19). El A. piensa que asistimos a la emergencia del Magisterio sobre el Corazón de San José, siempre en indisociable unión con los Corazones de Jesús y de María en la historia de la salvación (favoreciendo así implícitamente la extendida tesis de su glorificación corporal, defendida, como vi mos, entre tantos AA. de prestigio, por Francisco SUAREZ y San FRANCISCO DE SALES).

Son muchos los que han hecho la observación de que todo parece indicar que la Providencia quiere sacar del anonimato a San José “terror de los demonios”, en esta hora tan grave de la historia de la Salvación, como Patrono –Padre y Señor– de la Iglesia, siempre unido a su Esposa María, Madre de la Iglesia, que –así está decretado (Gen 3, 15; Ap 12)– aplastará la cabeza del dragón.

⁷⁰ Cfr. J. FERRER ARELLANO, “Unicidad y universalidad de Cristo y de la Iglesia, centro y fundamento irrenunciable de la teología de las religiones”. *Studium Legionense*, 45 (2004), 185-222.

⁷¹ Cf. CEC, 239. J. FERRER ARELLANO, *Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia*. “Ephemerides Mariologicae” 49 (1999), pp. 53-125. Sitio Web: www.joaquinferrer.es

“Esta plegaria (de León XIII) y la misma figura de José adquieren una renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo Milenio cristiano”
.JUAN PABLO II, *Redemptoris custos*, n.32)

<<A Ti, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de tu Santísima Esposa, solicitamos también confiadamente tu patrocinio.

Con aquella caridad que te tuvo unido con la inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y por el paterno amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su Sangre adquirió Jesucristo, y con tu poder y auxilio socorras nuestras necesidades.

Protege la escogida descendencia de Jesucristo, aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y de vicios. Asístenos propicio desde el cielo, en esta lucha contra el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del Niño Jesús, así ahora defiende a la Santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad>> (RC, n. 32).

Joaquín FERRER ARELLANO